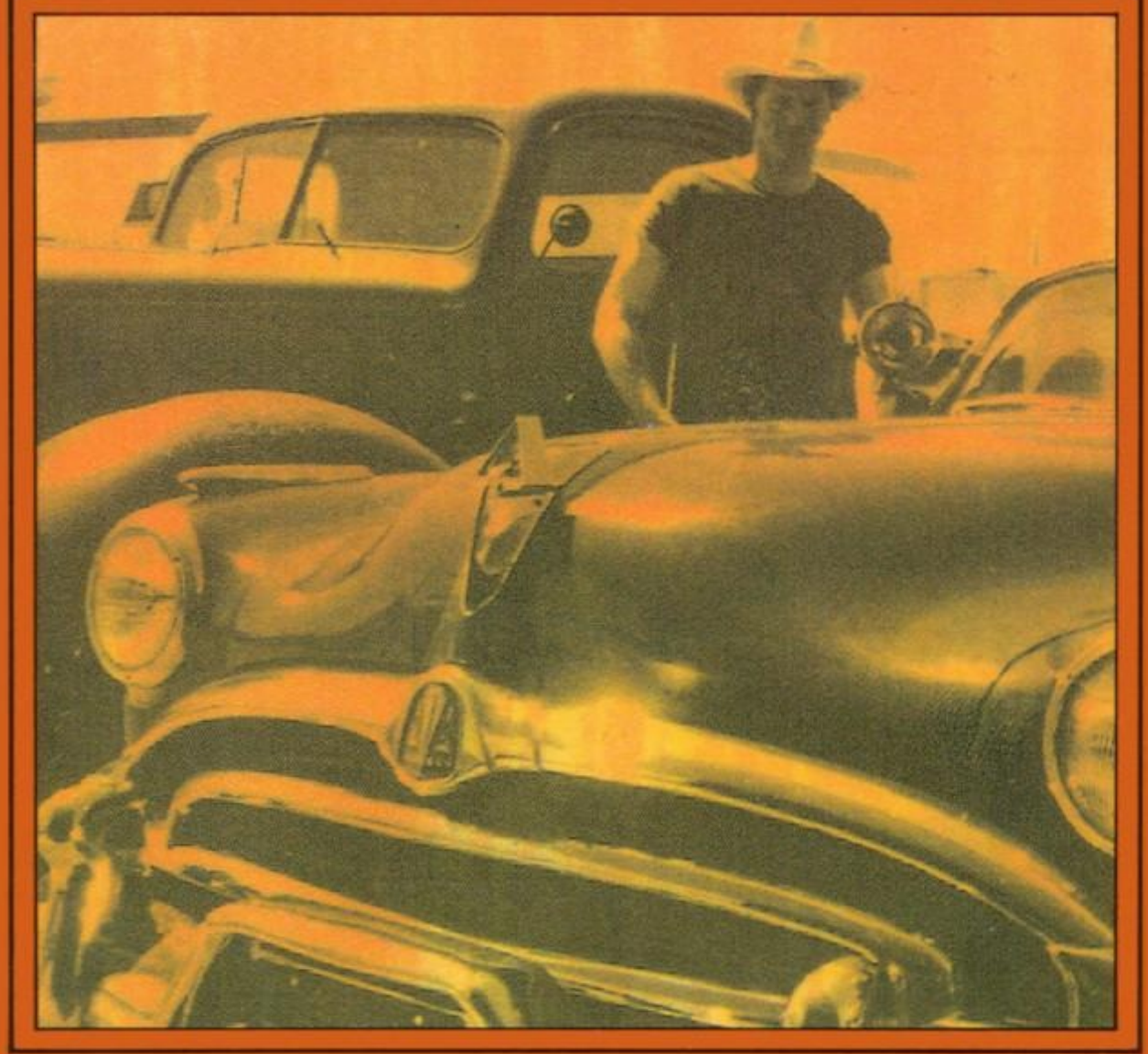
Sam Shepard

Crónicas de motel



Lectulandia

Las carreteras, los coches, la soledad y la aventura empapan estas *Crónicas de motel*, un libro de «historias rotas», fragmentos autobiográficos, relatos y poemas admirablemente servidos por una escritura rápida y escueta.

Crónicas de motel fue el punto de partida de *París, Texas*: «el film que yo había querido hacer en los Estados Unidos estaba ahí, en ese lenguaje, esas palabras, esa emoción americana. No como un guion, sino como una atmósfera, un sentido de la observación, una suerte de verdad», ha afirmado Wim Wenders.

Sam Shepard

Crónicas de motel

ePub r1.0
Titivillus 25.10.2023

Título original: *Motel Chronicles*
Sam Shepard, 1982
Traducción: Enrique Murillo, 1989
Restauración de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

para mi madre
Jane Elaine

«Jamás tan cerca arremetió lo lejos…»

CESAR VALLEJO

En Rapid City, South Dakota, mi madre me daba cubitos de hielo envueltos en servilletas para que los chupase. Estaban saliéndome los dientes y el hielo me insensibilizaba las encías.

Aquella noche atravesamos los Badlands. Yo viajaba en la bandeja que hay detrás del asiento trasero del Plymouth, mirando las estrellas. El cristal estaba helado al tacto.

Nos detuvimos en la pradera, en un lugar donde había un círculo de enormes dinosaurios de yeso blanco. No era un pueblo. Simplemente los dinosaurios iluminados desde el suelo por unos focos.

Mi madre me llevó a dar una vuelta abrigado bajo una manta parda del ejército. Tarareaba una canción lenta. Creo que era «Peg a' My Heart». La tarareaba bajito, para sí misma. Como si sus pensamientos estuvieran muy lejos de allí.

Serpenteamos lentamente por entre los dinosaurios. Por entre sus patas. Bajo sus tripas. Describimos círculos en torno al Brontosaurus. Miramos desde abajo los dientes del Tyrannosaurus Rex. Todos tenían unas lucecitas azules a modo de ojos.

No había nadie. Solo nosotros y los dinosaurios.

9/1/80
Homestead Valley, Ca.

Su llamada del servicio de despertador sonaba a las cinco y media. A estas alturas ya se había convertido en una costumbre. Cruzaba el herbazal que separaba el motel de la Kettle Pancake House. La Encargada del Guardarropía le adelantaba corriendo bajo la débil luz del amanecer. Le gustaba estar sola. Podía adivinarlo por su forma de correr. Cuando estaba sentada junto al plato nunca parecía sentirse a gusto.

Echó quince centavos en la roja caja metálica y sacó un ejemplar de *The Austin American Statesman*. Entrevió al Técnico de Sonido y al Entrenador de Perros inclinados el uno hacia el otro sobre sus tazas de café en el interior del restaurante. Les saludó con la cabeza al entrar y se instaló en uno de los cubículos del fondo. Prefería desayunar solo. Él y su periódico, y nadie más. Pidió solo una tostada y un café. Cuatro Polis hablaban del Rodeo en el mostrador que quedaba a su espalda. El diario parecía exclusivamente dedicado a los navajazos. Desde Panhandle hasta el Golfo, parecía como si todo el mundo estuviera dando navajazos: a la salida de los bares, en los campos, en coches robados, detrás de las farmacias. Terminó su tostada en silencio. Le dejó en los dientes sabor a huevos en polvo.

Cruzó el mismo herbazal de regreso al motel. El mismo camino que había seguido cada mañana durante un mes. La hierba, muy alta, le emocionaba como si resumiera todo Texas. La luz cambiaba rápidamente.

Se dirigió a la conserjería con la esperanza de que hubiese correspondencia. Su casilla estaba vacía. El Director del Motel contemplaba en trance unos dibujos animados. Pudo ver, afuera, a su Conductor, que le esperaba. Paseando de un lado para otro.

Se sentó en el asiento trasero del Cadillac negro. Dos Actores hablaban febrilmente de la Tragedia Griega. Siguieron haciéndolo durante muchos kilómetros. Él mantuvo silencio, la mirada fija en la parte posterior del negro sombrero de cowboy del Conductor. De la banda del sombrero asomaban tres mondadientes usados. Era una de esas bandas de pelo trenzado de caballo, como las que hacen los presos.

Por algún extraño motivo, la carretera parecía especialmente traicionera. Especialmente elevada. Terraplenada de un modo extraño, recordaba más

bien a una pista de despegue para pequeños aviones. Las casas de campo parecían extrañamente desplazadas. Como si fueran más bien propias de la zona residencial de una ciudad, o como si sus propietarios hubiesen deseado que parecieran casas de zona residencial. No muy logrados intentos de césped frente a las fachadas. Una familia de blancos ciervos de cerámica. Bañeras para pájaros con descomunales bolas verdes y rojas de Navidad flotando en ellas. Leves símbolos de domesticidad que terminaban en océanos de campos roturados.

Los Actores seguían charlando, empleando tonos emotivos para indicarse mutuamente con la voz hasta qué punto eran profundas sus convicciones. A veces tenía la sensación de que, más que al otro, trataban sobre todo de convencerse a sí mismos. El Conductor permanecía en silencio. Relajado. Era conductor, pero por encima de eso era vaquero. No tenía absolutamente ninguna opinión acerca de los griegos ni aspiraba en modo alguno a formársela. Mantenía una mano en lo alto del volante, mientras la otra descansaba. Sus ojos tenían el aspecto de quien ha labrado un millón de hectáreas.

Llegaron a Uhland. Los Remolques habían tomado la aldea entera. Doscientos Extras pululaban por todas partes esperando a que alguien les diera de comer. Buscó su remolque y lo encontró aparcado junto a un pastizal. Le esperaba su ropa de actor. Tenía el mismo aspecto que la ropa que llevaba, como una versión deshinchada de sí mismo. Se cambió, y se sintió igual que antes. Exactamente igual. Quizá un poco más agarrotado. Quizá también más limpio. Se preguntó si se suponía que estaba interpretándose a sí mismo. Si le habían contratado para que hiciera de él mismo. Se sentó en la mesa de fórmica y miró hacia la carretera. Pasaron dos camionetas con las palabras CRUZADA DEL RESURGIMIENTO DEL MILAGRO pintadas en grandes letras rojas en los lados. Se preguntó quiénes serían los conductores, si creían en Dios o si simplemente habían sido contratados por personas que creían en Dios.

Durante todo el día estuvo yendo en moto detrás del coche de la cámara. Se mantenía siempre a la misma distancia. Cuando el coche de la cámara aumentaba de velocidad, él aumentaba la de la Kawasaki. Nunca quedaba desenfocado. De vez en cuando las tierras se le colaban por el rabillo del ojo. Anchas franjas de luz que caían como flechas desde alturas increíbles, que apuñalaban el horizonte como en un Cuadro Religioso Italiano. Trató de no pensar más que en lo que estaba haciendo. En el tema de la escena que estaban rodando. En su relación con el resto de la película. ¿Se suponía que se dirigía en moto a donde estaba ella para matarla? ¿Tenía que matar a la

Estrella? ¿Al Personaje? ¿A la Mujer? ¿Se suponía que el Personaje que él interpretaba iba en moto hacia el lugar donde mataría al Personaje que ella interpretaba? No podía apartar la vista del resistente parachoques de metal ondulado del coche de la cámara. Uno de los Ayudantes de Dirección sostenía en alto un intermitente electrónico de luz roja. Un destello significaba que el coche de la cámara aceleraba. Dos destellos, que reducía su velocidad. Tres destellos significaba que se detenía. De esta última señal era de la que menos quería olvidarse. De la de los tres destellos. Había una distancia de apenas tres metros entre la rueda delantera de la moto y el parachoques de metal ondulado. A más de noventa kilómetros por hora era muy importante recordar el significado de los tres destellos. Pero, ¿por qué quería matarla? Hasta este momento había estado convencido de que lo sabía, pero de repente le parecía una estupidez. ¿Era simplemente cosa del guion, o tenía el Personaje algún motivo? Intentó adoptar una expresión sombría y determinada, mirando fijamente al objetivo de la cámara. Podía ver sus ojos reflejados en el objetivo. Parecía estar fingiendo. Abandonó sus esfuerzos. Se limitó a conducir la moto y se olvidó de la interpretación. Empezó a disfrutar del paseo. A través de un megáfono el Director le gritó:

—¡Parece que estés divirtiéndote más de la cuenta! ¡Quiero una expresión sombría y determinada! ¡Vas a matarla!

El cámara levantaba uno, dos o tres dedos, según el momento. Ese era otro código de señales, relacionado con los objetivos. Un dedo alzado significaba un plano general. Dos dedos, plano medio; y tres, primer plano. Se esforzó por no mirar los dedos. Para él, un dedo significaba «bastante relajado»; dos, «bastante tenso»; tres, «muy tenso». Ojalá no le hubieran explicado el significado de los dedos. Saberlo le perjudicaba. Tanto si usaban un objetivo como si usaban otro, tanto si levantaban un dedo como tres, él hacía siempre lo mismo. ¿Qué necesidad tenían de decírselo? Lo que necesitaba saber era por qué su Personaje quería matar al Personaje de ella. Me parece que por algo que tiene que ver con Cristo. Eso decía el guion, no sé dónde. Algo de que ella era Cristo. ¿Y por qué tenía él que creer que ella era Cristo? No era un necio. El Personaje no era un necio. ¿Cómo se le podía ocurrir eso de ella? Se acordó del Evangelio según San Juan, donde Cristo les dice a los judíos: «¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis entender lo que digo.» Estaba adelantando al coche de la cámara con la Kawasaki, a ciento veinte. Todo el equipo agitaba los brazos para decirle que no corriese tanto. Él no veía a nadie. El Director arrojó su sombrero por los aires. La carretera parecía despejada y mortal. Volvió a recordar a Cristo. Lo

que les decía a quienes querían que demostrase sus milagros en territorio enemigo: «Mi hora no ha llegado. Para vosotros, no es lo mismo. No sabéis cuándo os llega la hora porque no sabéis de dónde venís ni adonde vais. Pero yo sé las dos cosas. ¡Y hoy no es el día de mi muerte!»

La Kawasaki hizo un trompo lateral. El rifle del atrezzo se soltó del manillar y le golpeó en el cuello. Vio la cara del Conductor del Coche de la Cámara que le miraba. Muy lejos de él. Con una expresión estúpida. El cielo más alto que había visto en su vida. La sensación de encontrarse a una distancia infinita del Cielo. La distancia. La humedad de la carne. El metal desgarrándose. Las personas desesperadamente lejanas. Ningún sonido. La clara visión del Tiempo paralizado. Después, sonidos canalizados, aislados, de la Tierra. La Carcajada del Gran Estornino. El diamantino pecho negro de la Alondra. Aleteando. Bailando entre los surcos. Deshojado Roble.

De repente se apareció a sí mismo: una visión relámpago. Ya no cabía la menor duda respecto a quién era el Personaje.

3/79
Shiner, Texas

Recuerdo cuando intentaba imitar la sonrisa de Burt Lancaster después de haberle visto con Gary Cooper en *Veracruz*. Durante muchos días estuve practicando en el patio de atrás. Serpenteando por entre las tomateras. Riendo con todos los dientes al desnudo. Riéndome de esa risa. Alzando el labio superior para descubrir los dientes. Después de practicar esa sonrisa durante unos cuantos días intenté utilizarla ante las chicas de la escuela. Ellas no parecían ni enterarse. Forcé mi interpretación hasta que empezaron a producirse extrañas reacciones entre mis compañeros. Miraban fijamente mis dientes, y asomaba a sus ojos una expresión asustada. Ya no me acordaba de lo feos que eran mis dientes. De que uno de ellos lo tenía podrido, de color pardo y montado encima del diente roto que estaba a su lado. De hecho, había llegado a estar convencido de que era poseedor de una hilera de perfectos y perlados dientes como los de Burt Lancaster. Como no quería asustar a nadie, dejé de reír en cuanto me di cuenta de lo que pasaba. Solamente lo hacía cuando estaba solo. Poco después dejé de hacerlo incluso a solas. Volví a mi cara vacía.

25/04/81
Homestead Valley, Ca.

Limpió los canarios
Dio de comer a la Mula
Se quedó traspuesto durante ½ hora

Cada mañana
Limpiaba los canarios
Daba de comer a la Mula
Y se quedaba traspuesto durante ½ hora

Nunca había pretendido quedarse traspuesto durante ½ hora
Simplemente, le ocurría
Cada mañana

Quizá fuera por la pausa cuando terminaba de dar de comer a la Mula
El impulso ya gastado

Parecía existir un impulso natural
Que le llevaba de los canarios
A la Mula

Simplemente, le ocurría
Cada mañana

Era la pausa
Después de dar de comer a la Mula
Lo que le aturdía

Una Gigantesca Pausa

Hasta sabía qué tenía que hacer a continuación
o sabía muy bien

Sabía que lo siguiente era darse de comer a sí mismo
Después de dar de comer a la Mula

Pero era incapaz de moverse

Se quedaba traspuesto durante ½ hora
Mirando fijamente al desierto

Mirando a veces hacia su casa

Mirando a veces la bomba del pozo

Dependía de la dirección en que casualmente estuviera orientado
Cuando se quedaba traspuesto

Llegó un momento en que tenía ganas
De quedarse traspuesto durante ½ hora

Era el momento culminante de la mañana

Limpiar los canarios
Dar de comer a la Mula
Quedarse traspuesto durante ½ hora

15/1/80
Homestead Valley, Ca.

Es evidente que ando dormido. Me encuentran al final del pasillo, junto al empapelado de flores de hibisco, murmurando para mí. Dicen que mis palabras son ininteligibles y que me callo cuando me agitan. Cogiéndome por el hombro me conducen de regreso a la cama y me quedo completamente dormido y no vuelvo a caminar en toda la noche. Cuando a la mañana siguiente me cuentan que me han encontrado así, siento como si un cálido fulgor me llenara por dentro. Zumba mi espina dorsal. Río de forma incontrolable y mi padre dice:

—No tiene ninguna gracia.

Pero cuando lo dice también él ríe, y eso hace que yo ría de forma más incontrolable incluso.

Una noche entré dormido en el baño y me metí en la bañera. Me encontraron allí, tendido de lado y durmiendo. Su reacción fue esta vez más severa que cuando me encontraron al final del pasillo. Una entonación levemente preocupada asomaba a sus voces. Por algún extraño motivo creían que meterme en la bañera resultaba una extravagancia. Una chifladura quizá. A pesar de que (cuando yo era mucho más pequeño) mi madre me había acostado muchas veces en bañeras de todo Idaho mientras mi Papá estaba muy lejos, en las Fuerzas Aéreas, lanzando bombas sobre Italia, y en los moteles no había más que una sola cama, muy estrecha.

No sé por qué razón excitaban de tal modo mi curiosidad estas estancias nocturnas fuera de la cama, pero la verdad es que empecé a desear vivamente que llegara la mañana y mis padres me explicaran en qué lugar me habían encontrado la noche pasada. ¿Hasta dónde había viajado? ¿Me habrían encontrado esta vez en el tejado? ¿Enroscado en el hogar? No soportaba la idea de perderme estos encuentros, de modo que inventé un atrevido plan: *fingiría* que caminaba en sueños. Mantendría los ojos muy cerrados y recorrería a trompicones el pasillo, golpeándome contra las paredes, respirando pesadamente, y haría quizá algún ruido para asegurarme de que me oían. Tardé un montón de horas en reunir las agallas suficientes como para llevar este plan a la práctica, porque sabía que si fracasaba probablemente

ellos pensarían que todas las demás veces también lo había fingido, y su reacción si ocurría esto era imprevisible.

Esperé hasta estar seguro de que se habían acostado los dos. Me llegaban sus risillas, lo cual significaba que seguramente estaban haciéndose carantoñas. Salí de la cama con los ojos cerrados y me guié tanteando hasta el pasillo; pasé junto a la pintura sobre seda que representaba a un Tigre soltando un rugido, la que trajo mi Papá a su regreso de Filipinas; junto al retrato de un maquinista pintado por mi abuelo; junto a las flores de hibisco que brillaban a la luz del baño. A mitad del pasillo noté que sus risillas habían cesado. El corazón me dio un vuelco. Olía el empapelado. Oía sus susurros. ¡Era esto! Era esto lo que ocurría todas las demás noches, pero esta vez yo podía enterarme. La situación me pareció terriblemente peligrosa. Mi fingimiento exigía convicción. No cabía el arrepentimiento. Seguía avanzando a trompicones hasta el final del pasillo. Apreté mis ojos con más fuerza. Agité los brazos a los lados. Notaba que estaban mirándome por la rendija de la entreabierta puerta de su dormitorio. De momento se habían tragado la bola. ¡El engaño estaba saliéndome bien! Luego, de repente, noté que ya estaba casi al final del pasillo. La puerta de su dormitorio. Llegaría al final del pasillo y no podría seguir. ¿Debía quedarme allí, roncando? ¿Era mejor golpearme contra la pared, dar media vuelta y regresar a mi cuarto, como un coche de juguete de los que giran al chocar? ¿Debía quedarme allí, murmurando entre dientes? ¿Debía seguir dando pasos, con la nariz pegada al empapelado? Impulsado por un relámpago de inspiración, recordé el teléfono. El gran teléfono negro que está al fondo del pasillo, en una mesita redonda. Tanteé hasta encontrar el auricular, lo cogí y me lo puse, a propósito, del revés. Empecé a murmurar cosas a un imaginario ser que se encontraba al otro lado del hilo telefónico. Con eso bastaba. Había hecho mi apuesta. Salieron corriendo de su dormitorio, me agarraron firmemente por los hombros y me sacudieron. Abrí los ojos bruscamente, mostrándome sorprendidísimo y asustadísimo, pero no me sirvió de nada. Me llevaron a empellones por todo el pasillo y me arrojaron a la cama.

—¡Y ahora quédate en la cama! —dijeron—. No vuelvas a levantarte de ahí. No tiene ninguna gracia.

Nada más lejos de mi intención que provocar una situación humorística. No pretendía hacerles reír. Solo buscaba la emoción de relacionarme con ellos en una situación fuera de lo común. Un encuentro de otra clase. Ahora todo había terminado. Ahora solo quedaba un humillante silencio en la oscuridad.

Cerraron la puerta de mi dormitorio y ya ni siquiera podía oírles. Mi hermanita se dio la vuelta en la litera de encima. Murmuró unas palabras en sueños. Hacía poquísimo que había aprendido a hablar. Contesté, pero ella no dijo nada más. El tipo de la casa de al lado puso en marcha su sistema de riego. Pude oír que les cantaba algo a sus rosas.

13/10/80
Los Ángeles, Ca.

3’30 de la madrugada

¿Es un gallo
o una mujer que grita a lo lejos?

¿está negro el cielo
o a punto de ponerse azul oscuro?

¿Es una habitación de motel
o la casa de alguien?

¿Está mi cuerpo vivo
o muerto?

¿Estoy en Texas
o en Berlín Occidental?

Y de todos modos,
¿qué hora es?

¿hay algún pensamiento
que sea mi aliado?

Rezo pidiendo que se suspenda
todo pensar

Absoluta suspensión
espacio en blanco

quiero ir por la carretera
sin pensar en nada

solo una vez

No estoy suplicando

No me pongo de rodillas

No estoy en condiciones de pelear

9/12/80
Fredericksburg, Texas

Se lavó la camisa roja en el lavabo. Extendió una toalla del motel en el suelo. Extendió la camisa sobre la toalla. Mientras alisaba las mangas y las cruzaba sobre los faldones de la camisa, pensó en su propia muerte. En que le cruzarían los brazos sobre su vientre muerto, como las mangas. Extendió una segunda toalla encima de la camisa roja de modo que la camisa quedó como un emparedado y luego pisó encima de la toalla con los pies descalzos, con fuerza, a fin de escurrir el agua. Era una técnica que había aprendido de su madre. Se lo había visto hacer a ella, con sus pies descalzos pisando azules suéteres peludos con pequeñas conchas de plástico en lugar de botones. Había visto cómo se doblaban los dedos de sus pies. Había visto escurrirse el agua, ligerísimamente más azul que el agua. Teñida. Pensó en los pies de ella y se los imaginó con tal intensidad que se le apareció su madre de pies a cabeza.

Retiró la toalla superior, levantó la camisa como si fuese la piel de un animal y la colgó. La camisa roja ondeó al viento del acondicionador de aire. Durante un segundo pensó que era una bandera. Que era una Camisa Fantasma. Sin motivo alguno, se volvió hacia la ventana. Se encontraba a unos sesenta y tantos kilómetros de Austin. Afuera, criadas chicanas con suéter rosa empujaban los carritos de la lavandería por pasillos de cemento, hablando bajito en castellano. Pudo oír que estaban emparentadas.

Se acercó a la cama. Se quedó mirando fijamente la tapa de un libro: *Panorámicas de Los Ángeles. 125 fotografías en blanco y negro. Contrastes del pasado y el presente*. Rodó sobre la cama. Escuchó el retrete. Escuchó los huesos de su espalda. Escuchó los gritos de ella, en el fondo de su cabeza. Creyó que la oía gritar. Tuvo la seguridad de que la oía hablar. (No llegaba al orgasmo: era eso. De modo que imitaba lo que ella creía que eran los ruidos del orgasmo. Cada vez que lo repetía intentaba superar su última imitación hasta que al final acabó pareciendo no tanto que la estuvieran amando, sino matando.)

Se puso en pie de un salto. Bajó corriendo los peldaños de acero. Pasó corriendo junto a la Máquina de Cubitos de Hielo. Junto a un par de gatos esqueléticos. Notó que había una cosa que corría a través de su cuerpo. Algo que parecía Hielo. Como si la Máquina de Cubitos de Hielo hiciera que este

pensamiento le atravesara el cuerpo. Se detuvo. A un paso de su camión. Sintió arcadas al ver las manchas de tabaco mascado que salpicaban la puerta formando dibujos forzados por el viento de la carretera. Sus propias manchas. Le hicieron pensar que quizá estuviera quedándose sin fuerzas. Regresó corriendo a la habitación. Agarró una toalla pequeña. La empapó en agua caliente. Se la enrolló. Notó el calor en las manos. Casi quemaba. Giró bruscamente la cabeza, apartándola de sus manos, como si el daño que producía el calor fuese muchísimo más intenso. Una quemadura mucho más intensa que penetraba hasta mucho más adentro que la piel. Bajó de nuevo corriendo. Se puso a limpiar furiosamente la puerta de su camión. Un extraño temor de que le sorprendieran con el camión sucio. Aunque fuesen desconocidos.

Esta acción de limpiar fue modificando lentamente su actitud. Pensó que esta acción de limpiar estaba atrapándole. Despacito. Terminó la puerta. Siguió con los cristales. Notó las manchas de gasolina que rodeaban la boca del depósito. Siguió con esas manchas y luego decidió que tenía que limpiar todo el camión. Esta total entrega a la limpieza estaba devolviéndole a casa. La toalla estaba negra. Gente que esperaba con sus maletas se había quedado mirándole. Se volvió hacia ellos. Desaparecieron. El camión estaba tan deslumbrante como la plata.

Lanzó la toalla negra con el mismo movimiento que empleaba en el instituto cuando lanzaba a canasta en suspensión. Mientras la toalla describía el arco en dirección a la papelera anaranjada pensó que le ocurriría algo muy grave si fallaba. No falló.

Subió al camión y permaneció largo tiempo sentado, sin moverse. Vio una verde página deportiva volar por los aires. La vio quedarse sujeta en unas hierbas cortas y pegajosas y luego salir volando hasta una alambrada. Tres petirrojos la vieron también. Nunca había visto petirrojos con este tiempo. Le preocupó muchísimo que se les hincharan las plumas sin que hubieran siquiera arrancado el vuelo.

Cuando anocheció bajó del camión y fue a mirar su casilla de la conserjería. Una postal de Muskogee con la amarillenta y desteñida imagen de la Central de Correos y el edificio de los Juzgados Federales. En el envés, en apresurada letra negra: «Cariño: Me han enviado los análisis del médico. Será mejor que no vuelva a verte nunca más.» Eso era todo. Sin firma. Nada. Asomó la cabeza al bar del motel, con la esperanza de encontrar a Billy Wells. Una mujer gorda que sostenía a un chihuahua en su regazo tomaba un

whisky sour. No había nadie más. Le saludó con la mano, como si le conociera. El no devolvió el saludo.

Se fue con la postal a la piscina. El reverbero del agua le hacía pestañear, de modo que cerró los ojos. Cruzó el muerto césped y oyó una manguera que regaba cemento. Abrió los ojos. Un mexicano le hacía señas con la mano desde el otro lado de una cinta de cemento, mientras apartaba la manguera a un lado. Cuando se le acercaba, el hombre le salpicó de agua las botas y se rió. También él rió aunque le pareció que la broma no podía ser más estúpida.

Dejó abierta la puerta de su habitación. Colocó la postal en el marco del espejo. Se lavó la cara. Secándose la cara con una camiseta, se acercó a la ventana. El viento que se colaba por la puerta abierta penetró en la habitación. La postal cayó del espejo. Un camarero pasó frente a su ventana con una bandeja en la que llevaba una ensalada envuelta en celofán. Una forma irrumpió por la puerta. Un hombre del tamaño de un tren. Dos puños le golpearon los hombros. Y luego otro dio contra su sien. Se desplomó. Se dio con la rodilla contra el acondicionador de aire. Chocó con la nariz contra la esquina de una mesa de cristal. Le dieron dos patadas en la espalda. La forma habló:

—¡Como vuelvas a acercarte a Virgie te mato!

Se quedó tendido durante largo rato. Justo en donde había caído. Trató de escuchar. No temía que la forma regresara. Pero quería oír cómo estaban las cosas en relación con él. Alzó la vista y vio su goteante camisa roja, que seguía colgada. La oyó gotear. Supo que debía de hacer muchos días que goteaba de esta manera. Marcando el tiempo. Sonó el teléfono. No era capaz de alcanzarlo. No quería alcanzarlo. Siguió sonando mucho rato. Alguien pasó delante de su puerta abierta.

—Llama el teléfono —dijeron al pasar.

El teléfono dejó de sonar. Ni siquiera podía imaginar quién llamaba. Lo veía simplemente como un teléfono. Sonando. Un teléfono negro. Se quedó ahí toda la noche. En el mismo lugar donde había caído.

3/79
San Marcos, Texas

Rondó por la piscina
Del Holiday Inn
Y de golpe se sintió completamente inútil

La imagen de una piscina
A medianoche
En Texas

Pobre Texas
Excavada
Como todas las demás

3/79
San Marcos, Texas

La primera vez que me escapé de colegio tenía diez años. Me convencieron dos chicos mayores. Eran hermanos, y habían entrado y salido cinco veces del Reformatorio. Me dijeron que sería como tomarme unas cortas vacaciones. Así que me fui con ellos. Robamos tres bicicletas en un patio trasero y nos dirigimos al Arroyo Seco. La bici que yo robé me venía grande y no pude sentarme en el sillín ni un momento. Pedaleé de pie.

Escondimos las bicicletas junto a un grupo de eucaliptos que había a la orilla del Arroyo y bajamos a la cañada. Cojimos cangrejos usando malvas como cebo, y luego los abrimos y usamos su carne para coger más. A la hora del almuerzo tuve que repartir mi comida con los hermanos porque ellos se habían olvidado de la suya. Deposité el contenido de la bolsa de papel encima de una roca plana. Una zanahoria envuelta en papel encerado sujeto con una goma elástica. Un emparedado de carne. Una bolsa derretida de galletas M and M. Ellos empezaron comiendo las M and M. Abrieron el paquete rasgando el papel y lamieron el chocolate que se le había quedado pegado. Me lo ofrecieron por si también quería lamerlo, pero lo rechacé. Tampoco probé bocado del emparedado de carne. Siempre he detestado la carne. Sobre todo si está fría y me la dan en emparedado.

El resto de la tarde lo pasamos escalando las colinas de por allí, buscando serpientes, hasta que uno de ellos se emperró en bajar las bicicletas al fondo del acueducto e ir con ellas por el seco lecho hasta Los Ángeles. Yo decía que sí a todo, aunque sospechaba que Los Ángeles estaba como mínimo a ciento cincuenta kilómetros de distancia. La única vez que he estado en Los Ángeles fue cuando mi tía me llevó a la Feria del Campo en su Dodge del cuarenta y cinco para que viese pájaros asiáticos. Entonces yo debía de tener unos seis años.

Mientras los dos hermanos tiraban de los alambres de espinos para destensarlos, salté por encima de la cadena. Abrieron el hueco suficiente para que yo pudiera pasar la valla, subirme al muro de cemento del acueducto y saltar después la altura de unos tres metros y pico hasta el fondo. Luego bajaron las bicicletas colgándolas de sus cinturones. Recorrimos varios kilómetros de este gigantesco pasillo de cemento. Las ruedas de nuestras

bicicletas daban bruscos brincos cada vez que pasaban por encima de las pardas tiras embreadas que empalmaban los bloques de cemento. Pero, si dejamos a un lado estas costuras, jamás en la vida he ido en bicicleta por una superficie más lisa.

Por el camino nos encontramos rojos cartuchos vacíos y desteñidos por el sol, zarigüeyas muertas, latas de cerveza, cáscaras de nuez, algarrobas secas, un mapache con dos crías, páginas arrancadas de revistas pornográficas, trozos de cuerda, tubos, tapacubos, chapas de botella, salvias resecas, tablas con clavos, tocones, raíces, cristales rotos, pelotas de golf amarillas con listas rojas, una llave inglesa, ropa interior de mujer, zapatillas deportivas, calcetines, un perro muerto, ratas, libélulas jodiendo en pleno vuelo, apergaminadas ranas a las que les habían arrancado los ojos. Recorrimos un montón de kilómetros hasta que llegamos a un lugar en el que el acueducto quedaba completamente cerrado, como un túnel, y no se veía ninguna luz al final. Nos detuvimos y estuvimos mirando por la boca del túnel y supe que ellos estaban tan asustados como yo a pesar de que eran mayores. Ya había empezado a oscurecer y la perspectiva de quedarnos atrapados ahí adentro durante la noche, sin saber qué longitud tenía aquello ni a qué ciudad iba a dar ni cómo diablos íbamos a poder escalar los muros laterales para salir de allí cuando llegáramos al final, hizo que los tres sintiéramos deseos de encontramos de vuelta en casa. Ninguno de nosotros dijo que lo deseara, pero noté que todos lo pensábamos.

No recuerdo de qué modo acabamos adoptando esta decisión, pero al final seguimos la marcha por el túnel. El piso era cóncavo y el musgo lo hacía resbaladizo, de modo que las ruedas patinaban lateralmente. A veces se nos hundían los pies en una capa de sedimentos y negro lodo que nos llegaba al tobillo, y acabamos avanzando casi constantemente a pie y empujando la bicicleta. Nos llamábamos todo el rato en voz alta para saber en dónde estaba cada uno porque pronto desapareció la luz a nuestra espalda. Empezamos a jugar a asustarnos mutuamente haciendo ruidos raros y misteriosos, pero tuvimos que dejarlo porque los ecos eran verdaderamente horripilantes. Durante todo el camino yo veía espejismos en los que Los Angeles asomaba de repente al final del túnel. Aparecía de golpe, parpadeando con sus luces y su movimiento y su vida. A veces tenía el mismo aspecto que en las postales que había visto anteriormente. (Palmeras recortadas contra un fondo de montes nevados y, entre estos y aquellas, grandes extensiones de naranjales. La Estación del Ferrocarril y, delante de su fachada, un carro enganchado a un burro.) Pero no llegaba nunca. Pasaron horas y no llegaba. Yo tenía los pies

mojados. Y ni siquiera me acordaba ya del aspecto de los dos hermanos. Todo el rato se me ocurrían cosas terribles sobre mi casa. Sobre lo que me ocurriría cuando finalmente regresara. Imaginé mi casa en aquella negrura. El toldo rojo. La puerta del garaje. La tira de césped que crece en el centro de la pendiente por la que sube el coche. Las bayas del Espino de Fuego. Los Petirrojos que se las comían. Primeros planos de los picos de los Petirrojos engullendo las rojas bayas. Tan cerca de mí que podía ver el goteo de lodo de los húmedos prados donde habían estado cazando lombrices. No podía dejar de ver estas imágenes. (Yo, yendo a la escuela. El mofletudo guardia urbano con su redondo cartel de madera con letras rojas que decían stop. El sucio patio de la escuela. Las fuentes de porcelana con goteantes grifos metálicos. La cara del niño al que golpeé en el estómago sin motivo alguno. Leves huellas de mayonesa en torno a sus labios.) Tenía la sensación de que estas imágenes acabarían ahogándome. Quería saber en qué pensaban los dos hermanos, pero no llegué a preguntárselo.

Era de noche cuando salimos por el otro extremo, pero no habíamos llegado a Los Ángeles. Sobre nuestras cabezas se alzaban enormes sicómoros y difuminadas farolas de luz naranja. Nos llegaba el ruido de una autopista. Periódicos bocinazos de camiones. Conseguimos salir del fondo montándonos el uno encima de los hombros del otro y enganchando los cinturones en la valla. El mayor de los hermanos dijo reconocer el lugar donde nos encontrábamos. Dijo que ese pueblo se llamaba Sierra Madre y que un tío suyo vivía bastante cerca de allí. Pedaleamos hacia la casa de ese tío y durante todo este rato seguimos sin dirigirnos la palabra. No había nada que decir.

Su tío vivía en una casita de tres habitaciones. Varios hombres estaban sentados en la de la fachada, tomando cerveza y viendo al Llanero Solitario en la TV. Nadie pareció sorprenderse de vernos. Actuaron como si no fuese la primera vez que ocurría. Una mujer que estaba preparando una gran olla de espaguetis en la cocina nos dio a cada uno un plato de papel y nos dijo que esperásemos a que calentara la salsa. Nos sentamos en el suelo, a los pies de los hombres de la habitación de la fachada, y vimos el Llanero Solitario y comimos espaguetis. Era la primera vez que yo veía televisión porque en casa no teníamos. (Mi Papá decía que no nos hacía ninguna falta.) El Llanero Solitario me gustó muchísimo. Sobre todo la música que sonó cuando galopaba en su caballo Silver y le hacía ponerse de manos y saludaba con el sombrero a la mujer que sostenía en brazos a un bebé.

Aquella noche fuimos finalmente detenidos por un coche patrulla cuando cruzábamos un puente en South Pasadena. La poli se comportó como si

fuésemos adultos. Hablaban con un tono especial, muy serio: «¿De dónde habéis sacado estas bicicletas? ¿Cómo os llamáis? ¿Dónde vivís? ¿Sabéis qué hora es?», y cosas así. Llamaron por radio a nuestros padres y nos confiscaron las bicicletas. Mi madre se presentó por fin y me llevó en coche a casa. Me explicó que Papá estaba tan cabreado que no quiso ir a por mí porque tenía miedo de matarme. Mi madre no dejaba de decir:

—Ahora estás fichado. Tendrás que cargar con eso durante el resto de tus días.

Mi padre me dio tres azotes con el extremo de la hebilla de su cinturón. Tres. Eso fue todo. Luego Papá se fue de casa. No dijo ni una sola palabra.

Yo me tendí en cama y escuché a mi madre, que estaba planchando en la cocina. Me representé su imagen planchando. El siseo del vapor. La botella de agua con la que salpicaba las camisas de Papá. Imaginé su cara mirando la camisa mientras su brazo avanzaba y retrocedía a un ritmo constante.

13/08/80
Homestead Valley, Ca.

hubo una época en que Mamá llevaba un 45
yo en una cadera
la pistola en la otra
vivía en una comunidad de mujeres
esposas de pilotos
cabañas metálicas prefabricadas
llovía constantemente

las esposas estaban inquietas
sin sus maridos
la selva estaba infestada de japoneses
que robaban la colada de los alambres
las mujeres disparaban a la menor provocación
a veces contra la sombra de otra mujer

a mi Mamá y a mí nos dispararon una vez
fue su mejor amiga
las balas dejaron grandes agujeros mellados
en las paredes de hojalata

más adelante encontré una calavera de japonés
junto al depósito de agua
las hormigas salían
de un agujero de bala
justo en la sien

26/12/81
Homestead Valley, Ca.

El camión le dejó en un lugar llamado Plains. Las calles eran muros de ladrillo. Los coches patrulla corrían en todas direcciones. Mientras buscaba un motel vio una incomprensible cantidad de vehículos circulando. Encontró un motel que se anunciaba: «Suave como el Terciopelo: Habitaciones de Lujo». Pensó que se tenía merecido el terciopelo. Lo que más ansiaba era precisamente el tacto del terciopelo. Ese terciopelo podía ser un refugio después de tanta carretera.

Tomó la habitación más cara sin preocuparse de si valía lo que pedían por ella. La habitación tenía un olor sintético que le pareció imposible de identificar. Quizá fuera el de la espuma seca de las alfombras. Las paredes estaban forradas de terciopelo rojo. La colcha era de terciopelo rojo. Las sillas estaban tapizadas de terciopelo rojo. La alfombra era de terciopelo rojo. El lavabo era rojo. Las cortinas eran rojas. Todos los rojos eran el mismo rojo. No había ningún rojo más rojo que los otros rojos, ni menos rojo que su vecino. La habitación era una roja venganza de terciopelo. Se instaló en ella como si estuviera en su casa.

Conectó la TV. Un Predicador predicaba con lenguaje de signos para sordomudos. Se fijó en que el signo que significaba «Jesús» consistía en golpear alternativamente las palmas de una y otra mano con el dedo corazón, denotando los clavos de la crucifixión. Bajó el volumen y estuvo fijándose en las manos del Predicador. Tuvo la sensación de que el lenguaje saltaba al interior de la habitación. («Y ninguno de sus huesos será quebrado.»)

Se quedó dormido en la ducha, de pie. Soñó en un hombre al que había conocido de pequeño. Atado a un sicomoro.

Quemado sin motivo alguno. Al árbol le quedó una hendedura negra que finalmente se cerró, y no quedó más huella que la rosada corteza. Tan limpia como el mentón de un bebé. Cuando despertó todavía podía ver a aquel hombre. Pensó que llovía sobre su cabeza. Y el hombre flotaba. Y las cenizas del cadáver de aquel hombre goteaban por su cara.

(«Y ninguno de sus huesos será quebrado.»)

3/79

Plains, Texas

Allá abajo, al fondo de la hondonada
oyes al viejo
que grita «¡Mamá!»
medio salido de su cuna
un brazo colgando

Oyes la joven pistola
muriendo por una muchacha
mientras los camiones se van amontonando

Ahí abajo, al fondo mismo de la hondonada
en el bar de rockabilly
Lou-Ann muerde el micro
escupe blues
toda la larga y húmeda noche

25/10/80
Austin, Texas

Negras nubes sombrean
las Orocopia Mountains

Gigantescas Palmeras Datileras
pardos sacos protegen su fruto

Camiones de alfalfa
camiones anaranjados repletos de neumáticos

Huertas de mandarinos
escaleras apoyadas en sus troncos

Cimientos de piedra sin tejado
muros de rocas del río

Solitaria Palmera incendiada
nada ardió a su alrededor

Enormes fragmentos de neumáticos gigantescos
friéndose en la carretera

Lancha motora en un remolque
cromados tubos de escape

Tormentas de polvo
por todo Blythe

14/10/80
Coachella, Ca.

Tim Ford y yo robamos una vez un coche en San Bernardino. Uno de aquellos Austin Healey antiguos, con capota plegable de cuero rojo y llantas de radios. Lo encontramos aparcado con las llaves puestas detrás de un quiosco de Refrescos A and W.

Al principio no queríamos más que dar una vueltecita con él y dejarlo luego al otro extremo del pueblo, pero terminamos dirigiéndonos a México. A Tim se le ocurrió que necesitábamos obtener alguna tarjeta de identidad falsificada para entrar en los bares y beber y comprar cerveza en las tiendas de bebidas alcohólicas sin que se metieran con nosotros y nos echaran. Dijo que conocía a un tipo de Tijuana que falsificaba la fecha de nacimiento en los permisos de conducir, y que lo hacía tan bien que parecía auténtico. Dijo que, además, salía muy barato.

No recuerdo ningún coche tan divertido de conducir como aquel Austin Healey. Cómo gruñía. Respondía como un animal a cualquier insinuación. Desaceleraba cuando reducías, saltaba maravillosamente de una marcha a otra, volaba en directa…, hacía todo lo que te diera la gana. Tomaba las curvas como una Pantera. Era imposible volcarlo.

Él y yo asumimos la personalidad de los dueños de coches de este tipo. Nos desabrochamos la camisa y dejamos que el viento nos golpeara en el pecho. Nos pusimos las gafas ahumadas que encontramos en la guantera. (Tenían la montura roja, con unos brillantes en las esquinas.) Adelantamos volando a las mujeres que conducían por la carretera, o nos acercábamos tanto a sus coches que podíamos abrirles la puerta y oírlas gritar. Cuando paramos a comer en un restaurante nos instalamos en un cubículo que estaba junto a la ventana, para poder contemplar el coche desde dentro. La parrilla del radiador. Soñamos que recorríamos Europa con él y empezamos a utilizar palabras de la jerga automovilística como «los boxes» o «el rally» para que nos oyeran los que estaban cerca. Ese Healey nos gustaba tanto como si fuese nuestro.

Nos pasamos el día entero en Tijuana esperando a que aquel tipo revelara las fotos que nos sacó para la documentación falsificada. Era un hombrecillo hosco y silencioso que llevaba un manchado jersey gris. Anduvimos errando

por toda la ciudad, y pasando por su oficina cada media hora. El hombrecillo abría bruscamente la puerta y nos echaba de allí agitando secamente la mano, como si fuésemos mendigos o algo así. Yo tenía la sensación de que la falsificación de documentaciones era la menos grave de sus actividades ilegales. Pero al final resultó que había valido la pena esperar tanto tiempo. Los nuevos permisos de conducir eran impecables y soportaron la prueba en la frontera cuando la poli nos pidió que los sacáramos de la cartera.

Bebimos ríos de alcohol en San Diego, donde exhibíamos nuestros nuevos permisos ante las narices de los barmans de toda la ciudad. Compramos botellas de vino para el viaje de regreso a casa. No paramos ni para vomitar. Asomábamos la cabeza un poco y subíamos el volumen de la radio.

11/9/80
San Francisco, Ca.

Conocí a un guitarrista que decía que la radio era su «amiga». Se sentía emparentado no tanto con la música como con la voz de la radio. Su carácter sintético. Su voz, que no había que confundir con las voces que salían de ella. Su capacidad para transmitir la ilusión de personas a grandes distancias. Dormía con la radio. Creía en un Lejano País de la Radio. Creía que jamás encontraría ese país, de modo que se conformaba con limitarse a escucharlo. Creía que había sido expulsado del País de la Radio y estaba condenado a rondar eternamente por las ondas, buscando una emisora mágica que le devolvería la herencia perdida.

22/12/79
Homestead Valley, Ca.

Las minas del Rey Salomón fue la película que más me obsesionó de pequeño. Nunca he vuelto a verla, pero aún conservo imágenes de ella. Guerreros watusi con rayas de arcilla roja pintadas en la nariz. Cintos negros cruzados en sus pechos a modo de adorno. Dientes afilados como alfileres. Leones que le desgarran el brazo a alguien. Moscas posándose en el labio de alguien, y ese labio inmóvil. Antorchas en cuevas. Joyas azules rodeadas de calaveras. Aquel actor inglés muerto de miedo.

El Cine Rialto era un lugar oscuro y almizcleño en pleno día, y yo me metía tan absolutamente en el mundo de la película que la sala se convertía en parte de su paisaje. El paseo en busca de palomitas de maíz al final del pasillo negro, mientras sonaba atronadora la música y los niños se agitaban en sus asientos, todo formaba parte de la trama. Me encontraba en la cueva del Rey Salomón, comprando caramelos. Los bombones eran joyas. Los acomodadores eran árboles de la selva. En los lavabos rugían las panteras.

En una ciudad poblada por blancos de carne y hueso, olí a polvo africano durante varios días.

1/9/80
Homestead Valley, Ca.

me encontré con la doble de la Estrella
al abrirse hacia los lados las puertas del ascensor
y yo salía
y ella entraba
a las cuatro de la madrugada
y vi que estaba absolutamente pirada
le pregunté qué había tomado
dijo 6 Valium y Vino Blanco
porque hoy era el último día de rodaje
y le pareció que había que celebrarlo
jodiendo con algún tío del equipo
y colocándose
porque este era su pueblo
y ella iba a quedarse
mientras nosotros nos íbamos
y la tortura de no ser más que una doble
dejada atrás
en un pueblo en el que le dolía haber nacido
estaba destrozándola ahora
de verdad
y eso hizo que volviera a avergonzarme
de trabajar como actor en una película
y provocar ilusiones tan estúpidas
de modo que me la llevé a mi habitación
sin planes respecto a su cuerpo
y ella se sintió desesperadamente decepcionada
intentó arrojarse por la ventana
y le dije que no valía la pena
no es más que una película estúpida
no tan estúpida, dijo ella, como la vida

1/11/81

Seattle, Wa.

La gente de aquí
se ha convertido
en la gente
que finge ser

27/7/81
Los Ángeles, Ca.

En el tren al que amo tantísimo. El tren al que fueron cambiando de nombre: primero, de acuerdo con la zona que atravesaba; luego, más tarde, un necio nombre que armonizaba con el sentido empresarial del anonimato. El tren sigue siendo el mismo. Siguen brotando en este tren los mismos sentimientos. El mismo maravillado asombro. La misma descorazonadora sed de la tierra que pasa por la ventanilla. Si alguien me lo regalara, viviría en un tren.

En este mismo tren me he sentado en el vagón restaurante. Observando. Fingiendo que leo la carta. Una rubia estilo Tuesday Weld, de unos quince años, descalza, lee un grueso libro verde y come de mala gana una ensalada. Me mira primero a mí y luego baja la vista al libro. No puedo apartar mi vista de sus pies. Más que su pelo, lo que me recuerda a Tuesday Weld son sus pies. Son sus pies lo que me transporta a un viejo programa de entrevistas de la TV en el que Tuesday Weld se presentó descalza y con falda larga, y el entrevistador (me parece que era David Susskind) se pasó todo el rato humillándola por haber ido descalza a su programa y diciendo que eso era una indiscutible señal de su neurótica inmadurez y de su necesidad de llamar la atención. Me enamoré de Tuesday Weld viendo ese programa. Pensé que era el equivalente femenino de Marlon Brando.

La chica sigue mirándome por encima de su grueso libro verde y yo siento como si me asfixiara. La chica lleva una de esas blusas elásticas sin tirantes. De esas que basta darles un tirón hacia abajo para que todo quede al descubierto. Parece tardar muchísimo en terminar su ensalada.

Me acerco a su mesa y le pregunto qué lee.

—La historia del suicidio en Norteamérica.

—¿Eres especialista en suicidios? —le pregunto.

—No —contesta ella.

—Oh —digo yo.

De una cosa pasamos a la siguiente y acabamos en su compartimento. No tiene más de quince años, pienso yo todo el rato. Yo solo tengo diecinueve. Quince y diecinueve. Esto significa que cuando yo tenía cuatro años ella no existía. Dice que es de religión mormona. Dice que su Papá la recogerá en Salt Lake. (*Imagino a su papá con un sombrero negro de ala ancha, traje*

negro, delgado lazo negro, sentado en una calesa tirada por una mula negra y con un látigo en una mano, esperando en la estación del tren. Gaviotas describiendo lentos círculos sobre su cabeza.)

Abre la cama que está sujeta a la pared. Cree que es muy gracioso. Al abrirse, la cama no deja hueco para permanecer en pie. El tren da una sacudida. Su blusa es más fácil de quitar de lo que me había imaginado. Me dice que no puede «hacerlo», y yo jamás había oído esa expresión de modo que le digo: «¿Hacer qué?» Lo «hacemos» sin parar desde Winnemucca hasta cruzar por completo el Desierto del Great Salt Lake. Se parece mucho a cruzar el océano de noche. Un tren marino. Por la ventana, el brillo blanco de la sal. Dice que nunca más podrá atreverse a mirar a la cara a su novio.

Cuando el tren se detiene en Salt Lake la observo saltar los peldaños metálicos del vagón para ir a caer en una nube de vapor. Oigo los pasos de sus pies descalzos por el andén, pero ya ha desaparecido. Huele intensamente a acero. Luces del andén. Mozos de roja gorra empujando carretillas de equipajes. El vapor se va haciendo menos espeso y aparece una calle lejana. Siento impulsos de irme por esa calle. Abandonar el barco y seguirla, pero no se la ve por ningún lado.

—¡Tuesday! —grito hacia la noche de Salt Lake City—. ¡Tuesday, no me abandones!

De nuevo en mi asiento, el tren se desliza. De repente empiezo a tener vivas premoniciones. Ella se lo va a contar todo a Papá. Temo represalias al llegar a cada estación. Puertas que se abren de golpe. (*Su papá se parece ahora a Sterling Hayden y lleva una escopeta del calibre doce. Me aterro pensando que el tren se detendrá en algún apeadero remoto y que el revisor me entregará al vengativo padre. Me llevarán al desierto y seré decapitado. Seré mutilado como Osiris y esta pequeña Isis rubia vendrá a recoger mis fragmentos. Volverá a componer mi cuerpo. Le costará muchos años encontrar todos mis miembros, pero seguirá sin hallar mis partes pudendas, que habrán bajado flotando por el río Colorado hasta el interior de México. Ella seguirá el curso del río, llorando mi cuerpo mutilado. Alzando mi cortada cabeza hacia la luna, flotando por el río, gimiendo sin parar. Sus lamentos llenarán a rebosar el Gran Cañón.*)

A la una y media de la madrugada me apeo en Missouri. Tengo que salir hacia Chicago por la mañana pero no soporto todo ese viaje. Si voy a pie tengo al menos alguna posibilidad de salvarme. Encuentro una cabina de teléfonos junto a un campo de maíz y llamo a Illinois a cobro revertido.

Contesta mi Abuela. No se alegra de oírme. No se alegra de tener que pagar esta llamada. No consigue entender dónde estoy ni por qué llamo.

—Estoy en una cabina de teléfonos junto a un campo de maíz, en Missouri. Muy cerca del Mississippi.

Todavía no logra entenderlo. Hace siete años que no la veo, que ni siquiera le escribo una carta.

—Mañana iré a verte. ¿Qué tal se encuentra Abuelo?

Ella me pregunta si me doy cuenta de la hora que es.

—Sí, sí. Lo siento, Abuela, pero tenía que apearme del tren. Mi vida corría peligro.

Subo a un Greyhound con destino a Chicago y luego hago autostop por el campo. La alquería parece abandonada. Junto a la casa hay una pila de mazorcas puestas a secar y al lado cuelgan del cuello los cuervos que mi abuelo ha matado. Están atados con bandas elásticas de color rojo y se balancean ligeramente, como rebotando, cuando les da el viento. Según la teoría de mi Abuelo, sirven de espantapájaros para los otros cuervos.

Mi Abuelo está sentado igual que siempre: en un agujero de su sofá, envuelto en mantas de ganchillo, mirando la TV. Ahora parece un esqueleto. Le gusta el anuncio de cerveza Hamm. «El país de aguas azules como el cielo.» El dibujo animado del castorcillo que pega brincos en lo alto de la cascada y canta la canción. Cree que Truman fue nuestro mejor presidente y escribe iracundas cartas a los periódicos de Chicago, firmándolas «Un simple y sucio granjero». Predice que habrá «un negrazo en la Casa Blanca en 1970». Es un acérrimo partidario de los Chicago Cubs. Dice que yo jamás hubiese debido abandonar el béisbol.

—Hubieses hecho carrera con los Majors —dice—. No está mal la vida que llevan. No está mal que te paguen por jugar.

Fuma y bebe sin parar y escupe sangre en una escupidera de latón como las que se ven en los vestíbulos de los hoteles antiguos. A veces tose con tal violencia que todo su cuerpo se dobla por la mitad y se pasa un buen rato sin poder respirar. Su mundo está circunscrito en torno al sofá. Todo lo que necesita está a unos tres palmos de donde se sienta. La TV solo la tiene para el béisbol. Cuando termina el partido llega Abuela y la apaga. Lo hace justo a tiempo. Puede oír el momento en que termina el partido desde cualquier rincón de la casa. Tiene las orejas muy grandes.

Cuando todos duermen, paseo por la habitación del primer piso y miro las fotos de mis Tíos. El Tío que murió en una habitación de motel en su noche de bodas. La esposa que murió con él. El Tío que perdió una pierna a los diez

años. El Tío que dio un braguetazo que le permitió ingresar en la Mafia de Chicago. El Tío que talaba árboles en los Grandes Bosques del Norte. El Tío que era conductor de camión. El Tío que era criador de Springer Spaniels. Todos los Tíos que tienen en la cara los mismos huesos que mi Abuelo.

Me desplomo en la cama. «Quince y diecinueve», pienso. «Quince y diecinueve.» Silba a lo lejos un tren. Cantan las cigarras. Todavía puedo oír sus pasos descalzos.

24/9/80
San Francisco, Ca.

La buena suerte
consiste en caer
del lado izquierdo
del Azar

La buena suerte
consiste en caer
más allá de mi cabeza

La buena suerte
consiste en estrellarse
contra los árboles

todo el mundo se queja

27/7/81
San Femando Valley

Le sudaban los pies en la noche. Notaba la presencia de la pistola automática, el ganado, las alambradas, los dados, jinetes atravesando la noche sin linterna, bares cerrados en la noche de la pradera.

Apagó todas las luces de la habitación y se tendió en el suelo, entre las dos camas. Le sudaban los pies. Pulsó el botón del magnetofón Realistc y en la oscuridad le contestó Stevie Wonder: «Songs in the Key of Life.»

Vio cómo, de la nada, aparecía en la pared una pintura de arena como las de los apaches. Colores de la tierra: arena anaranjada, tierra color chocolate, un azul pálido como una lágrima.

Podía ver el brillo nacarado de la culata de la pistola. Hilachas de luz rosada. Girando en torbellino. Podía ver su propio corazón.

Podía sentir la demoníaca vinculación de un hombre por su única mujer.

3/79
San Marcos, Texas

Mi nombre me había llegado a través de siete generaciones de hombres con el mismo nombre que habían dado al primer hijo el mismo nombre que el padre de modo que las madres tenían que ponerles motes a los hijos para no confundirles con los padres cuando gritaban llamándoles al aire libre y ellos estaban trabajando codo a codo hundidos hasta la cintura en el trigo.

Los hijos acabaron creyendo que su nombre era el mote que oían flotar a través de esos campos y atendían a esos motes y construían la idea de su identidad en torno a ese sonido sin jamás imaginarse siquiera que su nombre oficial estaba esperándoles escrito en algún documento de Chicago ni que ése sería el nombre al que antepondrían el «Mr.» ni que ese sería su nombre al morir.

2/5/80
Homestead Valley, Ca.

Me recoge cada mañana con su camioneta roja. Siempre es demasiado temprano. Siempre tengo que apresurarme a dar de comer a las ovejas en el último minuto. Nunca me alegro de tener que irme a trabajar.

Siempre pasamos junto a los mismos campos. Aún de noche. Junto al mismo ganado. Brillan sus blancas caras. Casi siempre vemos al mismo coyote rojo que pasa trotando por el pastizal siguiendo el sendero que ha acabado abriendo de tanto pasar siempre por el mismo sitio. Señala con la mano y me dice:

—¡Mira, ahí está otra vez!

Lo dice cada vez que lo vemos.

Limpio los establos hasta que se ve el cemento. Con los meados de caballo me escuecen los ojos. La cal me quema las manos. La luz empieza a asomar por encima de los árboles.

Esta mañana van a cubrir a dos yeguas y quieren que les ayude a limpiar el semental. Dicen que ya es hora de que aprenda a hacerlo. Lavamos el pene del semental con agua jabonosa. Debe de medir al menos un metro. Nos da coces, y no tenemos más remedio que aherrojarle las patas y cerrarle la boca con un cabestro. Pero sigue comportándose como si tuviera intención de echarse al suelo, de modo que le tapamos los ojos con una venda de arpillera y le retorcemos la oreja. Por fin se tranquiliza.

A la hora del almuerzo intento comer solo pero aparece la hija del amo que siempre viene rondándome y trata de charlar conmigo. Lleva unos pantalones ingleses de equitación y a veces trae un látigo corto con el que se golpea suavemente la rodilla. Creo que ha visto *National Velvet* demasiadas veces.

Por la noche él mismo me lleva de vuelta a casa y apenas si tengo tiempo de dar de comer a las ovejas otra vez, y enseguida oscurece del todo. Cuando termino casi nunca tengo ganas de subir a cenar a casa. A veces me quedo fuera y observo las evoluciones de mi familia en la casa. A veces me quedo mucho tiempo ahí. Ellos no saben que les estoy mirando.

22/9/80

San Francisco, Ca.

Quiso robar una lámina con un Chopo Americano Aislado en una seca y desértica cuenca, en el Chateau Marmont Hotel de Sunset Boulevard.

Le pillaron con ella en el aparcamiento, escondiéndola en la cama de su camioneta.

Cuando le preguntaron por qué, les dijo que no estaba seguro. Les dijo que le producía una sensación especial.

Les dijo que se veía metido en esa lámina, tendido boca arriba debajo del Chopo Americano.

Dijo que reconocía el árbol de un viejo sueño, y que el sueño estaba basado en un árbol de la vida real que recordaba vagamente de cierto momento de su infancia.

Recordaba que estaba tendido debajo de este árbol y que miraba al cielo a través de sus hojas plateadas.

Recordaba voces procedentes de esas hojas, pero no conseguía recordar qué decían esas hojas ni a quiénes pertenecían.

Les dijo que esperaba que la lámina le sirviera para recordar todos los detalles.

25/7/81
Hollywood, Ca.

Escribió a Chicago pidiendo detalles de mi nacimiento. Yo le dije que no había nacido en Chicago, que había nacido en un poblacho perdido en el campo. Un rincón oscuro. (Tratando de causarle una gran impresión.) Fuera como fuese, ella logró localizar el hospital en donde había ocurrido. Era muy resuelta. Dijo que tenía pensada una carta astral. Un dibujo en donde me relacionaba con los movimientos de los planetas. Formuló toda clase de preguntas en una carta dirigida a la Enfermera Jefe y la Enfermera Jefe le proporcionó toda clase de respuestas. (Hasta donde yo sabía, ficticias todas ellas.) Por ejemplo, el momento exacto de mi nacimiento, según la Enfermera Jefe, eran las tres de la tarde del cinco de noviembre de mil novecientos cuarenta y tres. («El Día de Guy Fawkes», cuando los niños de Inglaterra construyen unos muñecos y se sientan delante de las tiendas para pedir «un penique para Guy».) Pero otras fuentes (no mi Madre) me han asegurado que fue más bien a eso de las dos y cuarenta y siete minutos de la madrugada, cuando más frío hace. Era una habitación desnuda con un piso blanco de azulejos y dos ventanas que daban al Lago Michigan, que en esa época del año está completamente cubierto de gigantescos icebergs verdes. No había circulación en las calles que quedaban bajo las ventanas, y la ciudad estaba a oscuras debido al toque de queda por la guerra.

Me zambullí en el mundo tirándome de cabeza y, aunque estaba cubierto de sangre, mi actitud fue muy amistosa. En aquella época no era una mala persona. Estas fuentes anónimas seguían diciendo que mi principal tendencia de aquel entonces era ir a ver el hielo. Saltaba de la cama y arrastraba mi gordezuelo cuerpo hacia esas dos ventanas. Mi madre estaba inconsciente después de la ordalía y no se había quedado ninguna enfermera, de modo que yo decidí aprovecharme de la plena movilidad que tenía desde que había salido afuera. Comprobé que mis brazos eran mucho más fuertes que mi mitad inferior. Podía arrastrar toda esa mitad. Sabía que no era un potro. Que todavía pasarían bastantes meses antes de poder levantarme sobre esas piernas. Sabía que no era una rana ni un pájaro. De modo que arrastré la mitad inferior de mi cuerpo hacia esas ventanas.

Cuando llegué a la pared pude empezar a experimentar el sufrimiento. Las ventanas se encontraban justo encima de mí, pero, en mi estado, se hallaban fuera de mi alcance. Una pálida luz verde se colaba a través de ellas y proyectaba un par de focos gemelos sobre el inconsciente cuerpo de mi madre, al otro lado de la habitación. Observé su cuerpo. Sabía que había venido de su cuerpo, pero no sabía cómo. Sabía que ahora estaba lejos de su cuerpo. Que estaba separado de ella. La pared era de color chocolate. Oí un zumbido que resultó provocado por unos aviones de guerra. B-29. Repentinamente sentí un pánico tremendo. Me encontraba entre esos dos mundos. El mundo que había dejado atrás, y este nuevo mundo. No tenía ni idea de a dónde volverme.

Llegado este punto, los misteriosos testigos de mi nacimiento afirman haber perdido la pista de mi avance. Como supusieron que todo había salido bien, se fueron de allí, dejaron atrás esos icebergs verdes, y se dirigieron al Lago Erie.

Mi novia trazó mi carta astral de acuerdo con los datos fraudulentos que le había facilitado la Enfermera Jefe. Me dijo que me aguardaba una vida interesante pero muy difícil, y que Saturno estaba exactamente en la misma posición que ocupaba en el nacimiento de Goethe. No le pedí más detalles. Tenía un aspecto tierno e inocente.

3/7/81
Cota ti, Ca.

A ver si lo entiendo

¿Dices
Que te tortura el no poder escribir
O que
No puedes escribir porque estás torturado?

¿Dices
Que estos tiempos te han convertido en un escéptico
O que
Estos tiempos confirman tu escepticismo?

Mira, voy a decirte una cosa
Preferiría tener que echarles el lazo a las reses
Que hablar de política contigo

Preferiría caer borracho perdido
Debajo de un camión con remolque

Tu desesperación es más aburrida
Que el *Merv Griffin Show*

Tu gimoteante lloriqueo
Tus grandes soluciones baratas para la delincuencia

Levanta el culo y ponte a cocinar
Haz con tu tiempo
Lo que quieras
Pero no malgastes el mío

2/80
Santa Rosa, Ca.

Mi Papá tiene una colección de discos metida en cajas de cartón que guarda alineadas junto a la pared de su dormitorio, coleccionando polvo de Nuevo México. Su mayor trofeo es un Al Jonson 78 original con la cubierta sellada, pero hasta la cinta adhesiva está rota. La última vez que le vi trató de sobornarme para que volviera con ese disco a Los Ángeles y lo vendiera por un buen fajo de billetes. Está convencido de que vale como mínimo mil dólares. Quizá más, según cómo esté el mercado. Dice que últimamente ha perdido el contacto con el mercado.

Mi Papá tiene una foto de una *señorita* española completamente cubierta de nata batida. La tiene clavada con una tachuela encima del fregadero de la cocina. Es cierto. Me llevó con él hasta la foto y los dos nos quedamos mirándola un rato.

—Se supone que por debajo de la nata está desnuda, pero apostaría cualquier cosa a que lleva algo —dijo.

Me hizo repasar todas sus paredes. Todas sus paredes están cubiertas de imágenes. Recortes de revista que van de pared a pared. Cada uno ofrece un punto de vista diferente. Es como asomarse a diferentes ventanas que dan a intrincados paisajes. Estuve mirando esas imágenes. Una cascada con rocas auténticas pegadas con cola en el primer plano. Unas rocas de otra foto que encajaban con esa cascada. Un perro blanco con un pez verde en la boca. Cactus Saguaro en un ocaso, arrancados de un número de mil novecientos cincuenta y cuatro de *Arizona Highways*. Un Orangután anaranjado que se toca las partes. Una patrulla de Bombarderos B-52 volando en formación. Un collage de caras salpicadas con grasa de tocino.

Mi Papá tiene metida en una caja de café Yuban una colección de colillas de cigarrillo. Le compré un cartón de Old Gold pero no quiso ni tocarlos. Insistió en retorcer las colillas hasta sacarles todo el tabaco y luego liaba pitillos encima de una bolsa de papel para no perder ni una hebra. Lanzó una mirada burlona a mi cartón, a sus pitillos pulcros y liados a máquina.

Se gastó en Bourbon todo lo que le di para comida. Llenó la nevera de botellas. Se hizo cortar el pelo al cepillo, como un piloto de caza de la Segunda Guerra Mundial. Sonreía satisfecho cada vez que se pasaba la mano

por los tiesos pelos. Dijo que se lo cortaban así para que les encajasen bien los cascos. Me enseñó las cicatrices de metralla, que aún se le notan en la base del cuello.

Mi Papá vive solo en el desierto. Dice que no se lleva bien con la gente.

4/79
Santa Fe, New Mexico

Hay una mariposa Monarca muerta en la acera de Ozona. La brisa se la lleva de acá para allá. Durante todo el día han estado estrellándose contra mi parabrisas, dejando salpicaduras rosadas y doradas en el cristal. He visto a una de ellas que caía a plomo desde el cielo y chocaba contra el asfalto de la Highway 10 East. Debe de ser la época del año en la que tienen que morir.

16/10/80
Ozona, Texas

Un Impala rojo del cincuenta y nueve, con el perfil rebajado a base de cortar y sajar buena parte de su carrocería, y provisto de faldones de aluminio, se desliza silenciosamente a través de los exuberantes pastizales de Napa. El único coche que circula por la carretera. Es el primer día de la Nueva Década y me esfuerzo por no ver en este acontecimiento ningún tipo de signo. Y mucho menos un signo de los nuevos tiempos. Estoy absolutamente inmóvil, sentado en la plateada cabina de un camión con mi Madre, mi Hijo y mi Perro. No puedo dejar de mirar el coche rojo. Su forma de deslizarse. Su forma de interrumpir este aislado paisaje agrícola con su elegante y burlona risa ciudadana. Su antena cromada rebanando suavemente el aire. Una diabólica varita mágica que caza ondas procedentes de lejanas torres.

La Voz de mi Madre le cuenta a mi Hijo la historia de mi Abuelo, mi Padre y el Gallo. Dice así: «Cuando mi Padre era solo un Chiquillo, estaba un día jugando a gatas en el patio por donde corrían las gallinas. Su Padre (mi Abuelo) le observaba a cierta distancia, desde el porche, sentado en una mecedora. Un Gran Gallo Leghorn se acercó a mi Padre para picotearle los ojos. Mi Abuelo se puso en pie, agarró una llave inglesa del tractor, la lanzó contra el Gallo y le arrancó la cabeza. Mi Padre no se dio cuenta del motivo de aquel acto. Sólo vio primero un Pollo entero, y al instante siguiente un Gallo descabezado. Mi Abuelo volvió a su mecedora y se sentó. Mi Padre siguió rondando por allí a cuatro patas. El Gallo se puso a dar vueltas en busca de su cabeza.»

El Impala rojo desaparece tras un seto de Eucaliptos Gigantes. El pastizal está empapado de lluvia. No tengo ganas de moverme. Casi preferiría vivir en este camión. Casi me gustaría que creciera la hierba entre sus neumáticos.

1/1/80
Napa, Ca.

El Hilo Musical suelta un zumbido cada vez que suben los graves del bajo para fundirse en el coro de trompetas asordinadas (Tijuana Brass). El ayudante de camarero, un joven chicano que tiene una cicatriz muy marcada a todo lo largo de la nariz, está encorvado detrás del mostrador, con un teléfono amarillo. Más que uniformado parece disfrazado, como si el uniforme no fuese capaz de transformarle socialmente y convertirle en un ayudante de camarero. Habla con breves frases suaves, en castellano. Se le arrugan las comisuras de los ojos, como si al otro extremo del hilo hubiese una mujer.

Adolescentes con navaja automática y que acaban de echarse novia cruzan constantemente del mostrador a la pared de los teléfonos públicos.

Desde una cabina anaranjada un hombre grita:

—¡Juanita!

Se dirige a una morena alta y flaca que parece cualquier cosa menos española. Ella se vuelve hacia él, abrazándose el pecho, con los ojos muy abiertos, como si no supiera qué esperar, hasta que le reconoce y corre hacia él diciendo:

—¡Dios mío! He oído que me llamaban por mi nombre y he pensado «alguien me conoce».

1/79
San Joaquin Valley, Ca.

En este pueblo hay tres personas que tratan de desviar su propia muerte hacia otros. Dos mujeres con bata de enfermera. Un hombre con esmoquin azul. Sé quiénes son aunque solo les he visto de lejos. Siempre por la noche. Siempre amontonados, formando un grupo frenético en las esquinas, empujando el uno hacia el otro una vieja silla de mimbre. Discutiendo en susurros. Tratando de esconder sus caras. Caminando furtivamente por el barrio con zapatillas deportivas. Sé quiénes son, pero jamás revelaré sus delitos.

El centro de su discusión es la silla de mimbre. Todo su terror emana de esta silla de mimbre. Una mañana, de repente, apareció en la fachada de la casa de uno de ellos. Todos estuvieron de acuerdo en que era una señal de mal augurio. Señal inequívoca de su muerte inminente. Ahora creen que si dejan la silla delante de la casa de otro evitarán su propia muerte. Pero cada mañana la silla aparece delante de su casa.

Esta noche la dejan delante de la mía. Les veo cuando la traen. No intento impedírselo. Tienen tanto miedo de que alguien les pille, que soy incapaz de sorprenderles. Veo cómo la tiran y luego salen corriendo. Les oigo correr varias manzanas a toda velocidad, como si temiesen que la silla pudiera perseguirles. Observo la silla. No se mueve. A pesar del frío viento, salgo y la arrojo hacia la calzada, pero el viento la empuja de nuevo hacia mi casa. Cojo la silla, la llevo hasta el centro de la calzada y la dejo tirada allí. Regreso a casa corriendo.

Observo la silla desde mi ventana. Se ha quedado allí, en medio de la calle. Aunque los faros de los coches la iluminan, no se mueve. Me quedo dormido mirándola desde la ventana. Por la mañana vuelve a estar junto a mi porche.

23/7/80
Homestead Valley, Ca.

dicen que en días muy calurosos
la mayonesa podría matarte
eso decía mi tía

también me dijo
que nunca saliera de casa sin la cartera
por si me mataban
y había que identificar el cadáver

26/4/81
Homestead Valley, Ca.

Ya he perdido 82,80 dólares en solo dos días de apostar «Dobles» en Santa Anita. He vuelto a la vieja costumbre de distribuirme las apuestas en diferentes bolsillos, pensando que a lo mejor así encuentro el que me da suerte. Para las Dobles, generalmente el bolsillo de la suerte es el exterior derecho. El exterior izquierdo para ganador y Exactas. El posterior izquierdo para apuestas «Quíntuples» y «ganador-y-colocado». Cuando la situación empieza a ser desesperada acostumbro a cambiar de sitio las apuestas del bolsillo exterior izquierdo para ponerlas junto a las que guardo en el exterior derecho, con las apuestas Dobles. Esto es debido a la teoría según la cual la suerte que aguarda a las unas se contagiará a las otras, o al revés. Si gano las Dobles del bolsillo exterior, paso todas las apuestas de Dobles al bolsillo exterior izquierdo, donde hubiese guardado las apuestas de Exactas, y apuesto entonces por caballos que están 8/1 o mejores incluso en la segunda carrera que ya he incluido en la Doble. Todas esas nuevas apuestas pasan directamente al bolsillo exterior derecho, que, después de haberme dado suerte en la primera carrera, tiene por fuerza que seguir dándome suerte en la segunda.

Hoy no funciona nada de todo esto.

1/79
Hipódromo Santa Anita Arcadia, Ca.

sudan y se llaman «cariño» el uno al otro
contratan adivinas que mienten
enmarcan fotos de los niños a los que han mandado lejos
tutean al viejo camarero negro
contratan orquestas de R & B descafeinadas y les piden que toquen con guitarra acústica
ponen expresiones ceñudas si alguien habla de bañarse desnudo
se confiesan ante todo aquel que quiera escucharles
todos tienen su «más antiguo y querido» amigo
que generalmente es aquel con quien más se han confesado
detestan que les digas «feliz cumpleaños»
les encanta que haga tantísimo tiempo que no te habían visto
inmediatamente se van con el siguiente
su soledad está cubierta de muecas sonrientes
su soledad se ahoga bajo un círculo de «amistades»

25/7/81
Hollywood, Ca.

Le tuvo toda la noche en pie, cazando insectos. No le dejaba dormir. Por la ventana abierta entraban continuamente insectos y ella le daba rodillazos en el culo hasta que él contestaba.

—Ahí afuera vuelan cosas —decía ella.

—Pues mátalas.

—Anda, cariño, ya sabes que soy incapaz de matar bichos de esos. Por favor. Es un enorme bicho con alas.

Hasta que por fin él se levantaba de la cama, encendía la luz y buscaba al invasor por toda la habitación.

—Pero no lo mates, ¿eh?

—No pienso matarlo.

—Échale otra vez por la ventana, y ya está.

—Eso es lo que pretendo hacer. Pero antes tengo que cazarlo.

Lo que más le fastidiaba de todo aquello era tener que cazar al bicho vivo. Por eso tardaba tanto rato. Lo más fácil hubiera sido aplastar su cuerpecillo contra la pared. Hacerlo papilla contra un rincón. Pero no, tenía que andar persiguiendo al monstruillo por toda la habitación. Seguir sus frenéticos brincos a lo largo de la estantería de los libros, por encima de su colección de revistas Quarter Horse, seguir su vuelo hasta el baño y luego volver a salir, observarle mientras trepaba por la pared hasta la bombilla desnuda en donde entraba en un frenesí de revoloteos y describía ochos y círculos concéntricos.

—No es un mosquito. No es más que una mariposa nocturna.

—Y a mí qué. No soporto que anden revoloteando por ahí.

—Las mariposas nocturnas no pican.

—Hazme el favor de echar a ese bicho de aquí.

—De acuerdo.

—Pero no lo mates.

—De acuerdo, de acuerdo.

En pie sobre el colchón, se balanceó de un lado a otro tratando de alcanzar la mariposa, primero lanzando breves cuchilladas al aire y luego grandes barridos con ambos brazos. Ella estaba debajo de él, muy abajo, con las sábanas hasta la barbilla y sus enormes ojos castaños con una expresión que

cualquiera hubiese dicho que, de un momento a otro, algún diablo alado se lanzaría contra su garganta. Bruscamente, él pegó un tremendo gancho de derecha que arrancó la bombilla del casquillo. Todo quedó a oscuras. (Sonora lluvia de cristales.) Él se tiró encima de ella y le arrancó de golpe las sábanas. (A estas alturas, ella estaba más preocupada por los cristales que por la polilla.) La farola automática de seguridad del banco al otro lado de la calle se encendió, y la habitación quedó inundada de luz azul. Él rodó lateralmente hasta ponérsela encima. Ella soltó una risilla y luego gimió dulcemente a medida que, centímetro a centímetro, él se abría camino dentro de ella.

—Sabes, lo que tenemos que hacer es poner una tela metálica —dijo él, sin dejar de ir penetrando.

—¿Qué?

—Sí, para que no entre ningún bicho.

—Pero entonces no podríamos abrir las ventanas del todo. Y con este calor hay que abrirlas del todo.

—Sí, claro.

—¿Sabes que no llevo puesta la cosa?

—Fantástico.

1/7/81
Homestead Valley, Ca.

sus canarios
caían como moscas
cada mañana
aparecía un nuevo canario
tieso
en el suelo de la jaula

el Veterano le dijo
que era por las bacterias
del agua que les daba
pero él sabía
que era por su modo de vivir

2/8/81
Homestead Valley, Ca.

Encontré un pájaro acuático muerto en medio de un aparcamiento. No había coches. El pájaro estaba entero. Desmayado y sin huellas de sangre. Me lo llevé a casa y lo metí en la nevera. Al día siguiente mi Papá y yo lo llevamos por las casas de la vecindad y preguntamos a la gente si había visto alguna vez a un pájaro como ése. Nadie lo recordaba. Se lo llevamos al taxidermista y tampoco él supo decirnos qué clase de pájaro era, aunque todos estábamos de acuerdo en que tenía que ser un pájaro acuático porque tenía los pies palmeados. Según el taxidermista, el pájaro debía de estar volando por encima del aparcamiento y confundió los reflejos del pavimento por un lago. Suponía que el pájaro se estrelló contra el asfalto y se rompió el cuello. A mí me pareció tan desaforada esta teoría del taxidermista que durante varios días no dejé de pensar en ella. Me ponía en el lugar del pájaro, volando por encima del aparcamiento, haciendo una travesía en busca de un lago. ¿Por qué un pájaro así se encontraba, para empezar, tan lejos de los lugares en donde hay lagos? ¿Cómo era posible que un pájaro se perdiese?

30/1/80
Homestead Valley, Ca.

Me sorprende la nostalgia que siento por épocas que apenas si recuerdo haber vivido. Nunca pienso en mi experiencia de los años cuarenta. Los años cuarenta están reservados para la generación de mis padres y para pilotos con cazadora de cuero y cuello de piel, que sonríen desde la cabina de sus aviones.

A veces se abren para mí pequeños momentos, como cuando cruzo la cocina y el sol da en un color determinado de la pintura de la cocina. El azul pastel me provoca una ensoñación de una época de Vacas Lecheras, muy poca gente, todos conocidos entre sí, en un pequeño y aislado Pueblo Americano. Viejas que casi nunca salen de casa. Viejas que me mandan a hacer recados. Un loro casi más viejo que las mujeres. Un caballo que se llama «Negrazo». Un Chrysler gris con los asientos tapizados a cuadros. Hojas de sicomoro tan anchas como mi pecho. Una calcomanía medio despegada de los pies de mi cama, en la que aparece un Lechero completamente vestido de blanco, con una gorra de visera negra, rojas mejillas, y en la mano un cesto de alambre repleto de blancas botellas de leche. Olor a mujeres. Todas viejas. El olor de las viejas por todas partes. En los muebles. En el armario. En los cajones, mezclado al de la madera. La imagen de mi tía muerta, sentada y tiesa, con una lámpara encendida junto al hombro, una mano caída sobre su regazo. Sus rodillas siempre me engañaron. Incluso muerta, sus rodillas parecían jóvenes, y «no estaba bien» que tuvieran ese aspecto. Sus rodillas me atraían. A bocajarro. Cuando cruzaba las piernas se le quedaba la piel blanca en la parte del hueso al tensarse la media gris. Me repelían en cambio sus pies. Los bultitos de carne que se formaban en los bordes de los zapatos. Ella me decía que era por culpa de la humedad, que hacía que se le hinchara todo el cuerpo, pero yo sabía que en realidad era por culpa de su insistencia en forzar a sus pies a que encajasen en cierta idea suya de pequeñez. La Mitología de la Pequeña Betty Boop. Fue esta contradicción entre sus pies y sus rodillas lo que me condujo a captar contradicciones más intensas incluso en mí mismo. Más tarde, me sentí secretamente agradecido a sus pies por esto.

Me fui chapoteando bajo la lluvia. Me alejé de la gente hechizado por los Pimenteros y los rojos Cangrejos de río. Pesqué varias pelotas de golf a listas

rojas en agujeros enlodados producidos por su propio impacto. Recuerdo que la emoción que sentía al encontrarlas tenía que ver con el hecho de que las hubiera perdido alguien. Con el hecho de que las habían perdido a causa de un fracaso. Algún desconocido las había golpeado fuera de la pista y ninguna mirada humana había vuelto a verlas desde entonces. Habían pasado junto a ellas los Mapaches. Los Arrendajos las habían picoteado. Las Ardillas habían tratado de sacarlas del pozo. Y, sin embargo, yo, el primer ser humano que las localizaba, las extraía con un dedo, las limpiaba en el río y se las vendía a algún necio del Club. A veces, al mismo necio que las había perdido. Siempre notaba el gesto de culpable reconocimiento en sus ojos.

En aquellos tiempos yo debía de ser muy pequeño porque todas las caras parecen enormes.

21/12/79
Homestead Valley, Ca.

La noche en que llegaron a Oaxaca había un apagón. Los vestíbulos de los hoteles estaban iluminados con velas. No quedaban habitaciones libres.

Por fin encontraron un sitio llamado Hotel Nacional, en la parte norte. Las puertas de las habitaciones estaban hechas de barrotes metálicos verticales, como las celdas del cuartelillo de un pueblo de Montana que él había visto cuando pasaba por allí. Cuando subían las escaleras cargados con el equipaje, pudieron ver a través de los barrotes a los ocupantes de las habitaciones. La mayor parte de ellos parecían ruinas humanas y alcohólicos: unos estaban tendidos en el suelo; a otros les colgaba la mitad del cuerpo fuera de los manchadísimos colchones, o estaban desplomados en los rincones, mirando fijamente el piso de cemento.

Cerraron apresuradamente la puerta una vez dentro de la habitación, escondieron las maletas debajo de la cama y buscaron angustiadamente el retrete. No había retrete. Solo un lavabo en una esquina. Por turnos, se encaramaron al fregadero y dejaron que se escurriera de sus cuerpos toda la «Venganza de Moctezuma» que se habían bebido. La situación les movió sorprendentemente a risa, pero pensaron que lo mejor sería no hacer ruido porque los demás, sufriendo cada uno en su celda, podían pensar que estaban riéndose de ellos.

Durante toda la noche, y sin posibilidad de otra solución, estuvieron turnándose: uno de ellos descansaba sobre el colchón mientras el otro se arrastraba hasta el lavabo. A veces uno de ellos vomitaba mientras el otro trataba de contenerse. A veces vomitaban juntos, y eso les hacía reír más incluso, hasta el punto de que temieron asfixiarse con sus propios vómitos.

Toda la noche mantuvieron encendida la vela en la ventana. Abajo, en la calle, estallaban petardos. Oían las carreras de los crios. Los gritos de los quetzales desde las palmeras. Los clientes del hotel gemían y gritaban en castellano, sin dirigirse a nadie en especial.

Al cabo de un buen rato dejaron de reír y se quedaron tendidos en el colchón, el uno al lado del otro, mirando el viejo enlucido. Zonas húmedas en los sitios donde las tuberías rezumaban. Les dio la temblequera a ambos.

Ninguno de los dos habló. Él pensaba en un garito de juego, Julian’s, de la Calle Catorce. Ella tenía miedo de morirse.

6/9/80
San Rafael, Ca.

ambas rodillas en tierra
los codos metidos en la noche

es cierta
esta profunda conexión
es indudablemente cierta

la tierra transmite un mensaje
lo exhala
lo capto al inhalar

mofetas
conejos muertos
el calor del día se escapa

tú estás en un tren, lejos
te veo mirando por la ventana
a las afueras de Salt Lake City

yo estoy aquí
colgando de la ventana

29/4/81
Homestead Valley, Ca.

Contaba con encontrar a Bill en el apartamento donde recordaba haberle visto por última vez. Traté de visualizarlo antes de llegar. La fachada. Justo al lado del Almacén de la Policía, en la Sexta Avenida. Él salió a abrirme la puerta en su acostumbrado estado de relajado fatalismo. Jamás se sorprendía de verme, por mucho que hiciera de la última vez.

Debido a que el techo es muy alto, en su apartamento siempre hace frío. La TV está en el dormitorio. En el suelo, formando un círculo alrededor de la cama, muchos platos de comida estropeada. En su mayor parte de Queso Azul y Ravioli, y otros platos congelados italianos. En la pequeña mesilla de noche, el teléfono estaba rodeado por tres botellas de Harvey's Bristol Cream. Bill se subió a gatas a la cama, donde se encontraba cuando yo llamé. Parecía tener un cuerpo de muchacho con cabeza de hombre entrado en años. Siempre me había sorprendido su extraño aspecto físico, pero nunca se lo comenté.

Siguió comiendo su plato de ensalada y mirando el *Johnny Carson Show*. Estaba sentado encima de un ejemplar de *Esquire*, y el dominical del *Times* se encontraba esparcido por la cama, como si lo hubiesen violado. Me alegré al ver que seguía viviendo su vida y no fingía interesarse por mí. Que no me preguntase qué había estado haciendo ni qué tal me habían ido las cosas ni nada de eso. Se limitó a seguir comiéndose la ensalada, dando de vez en cuando un trago de Bristol Cream y mirando a Johnny Carson.

—¿Qué has estado haciendo, Bill?

—¿Yo? Dejé la película.

—¿La que hacías con Charlie?

—Sí.

—¿Esa en la que Charlie le arranca la cabeza a la paloma?

—Sí, esa.

—¿Por qué?

—Dejó de interesarme.

Dejó el plato de ensalada en el suelo, sobre un plato de carne de varios días, y luego cogió el paquete de Blue Trues. No volvió a hablar hasta haber encendido uno y haber producido un intenso silbido esputoso al exhalar el

humo. (Era una vieja costumbre que se le había quedado de la época en la que fumaba Camel.)

—En realidad, ya no tenía ninguna gracia. Eso fue lo principal. Además, a mitad de rodaje se nos murió la serpiente.

—¿Serpiente?

—Sí, esa boa constrictor que teníamos. ¿La recuerdas?

—Ah, sí.

—Pues, bueno, se murió. Subimos a Massachusetts a montar parte de la película, y dejamos la serpiente allí. Nos olvidamos completamente de ella. Se enroscó en el hogar y allí murió. El dueño de la casa la olió desde la planta baja e imaginó que había muerto. Bueno, seguro que toda la casa apestaba. El dueño llamó a la poli y la poli pensó que el muerto era yo. Rompieron la puerta para entrar, pero sólo encontraron la serpiente.

—¿Y no podías seguir rodando sin la serpiente?

—En teoría, sí. Pero ya no había emoción.

Aquella noche dormí solo en el sofá. Delante de mí, las grandes ventanas. Los árboles casi negros y el viento, que en aquella parte de la Sexta Avenida parecía soplar a través de un cañón. Gemía. Venía de Central Park y bajaba poco a poco, cobrando fuerza. Me acordé de los Vientos Santana en el Valle. Los «Vientos del Diablo». El tremendo calor de las noches. La fantasía de estar con mi novia. Una espectacular chicana con aquella falda gris de grandes rajas a ambos lados de los muslos. Crucecitas de plata lanzando destellos desde sus orejas. Una Serpiente que maté de un tiro en el cuello. Las codornices haciendo ruido en el huerto. Dos Indias Gemelas al otro lado de la calzada, desnudándose junto a la ventana. Eucaliptus de Hojas de Plata. Campos rebosantes de Aves del Paraíso. Oí disparos en la Sexta Avenida. Disparos de arma de fuego, o de tubo de escape. O tubos de escape que sonaban como disparos de arma de fuego. Intenté pensar qué era lo que se suponía que tenía que hacer, pero me pareció que ya estaba hecho. Fuera lo que fuese. Oí dos voces que reían histéricamente en la calle. Dos voces de negra, y nada más. Reían tan a gusto, tan incontroladamente, que supe que no corrían ningún peligro. Recordé que una vez confundí una risa como esa con un grito. En la Avenida C. Bajé corriendo a la calle, medio desnudo. Un hombre alto vestido con un traje tenía aprisionada a una chica contra el cristal de un escaparate. Ella me mandó a tomar por el saco. Recordé que King Curtís fue asesinado en una situación parecida, en la Calle Veintitrés. Sabía que a menudo había confundido los sonidos. Como la vez que confundí la

respiración pesada de una persona que estaba a mi lado con un incendio lejano. Había aprendido a no fiarme de mí.

Bill se había quedado dormido con la TV encendida. Una Sesión de Madrugada. La voz de Ray Milland en *El hombre con rayos X en los ojos*. La escena del final, cuando él se pone a gritar. Lo sabía porque ya conocía esa película. Podía ver sus ojos lechosos en el techo. Podía oler el Queso Azul y la Bristol Cream que flotaban desde la puerta abierta. Era como si la voz de Ray Milland trajera esos olores. Recordé que también el padre de Bill había muerto. Como su serpiente. Me dijo que tras la muerte de su padre se había quedado tres días junto al cadáver. Sentado en la misma habitación, mirándolo y sin hacer nada. Por fin dio aviso de la muerte y averiguó que su padre le había dejado algún dinero. Lo perdió casi todo en el Aqueduct. El resto se le fue con la película.

Los camiones de la Basura empezaban a pasar por la calle machacando cosas en sus prensas. No había dormido aún y no tenía intención de pasarme toda la noche esperando que me entrase el sueño. Me fui andando al Lower East Side. El cielo era una turquesa azul pálido. Los travestís salían dando traspiés de White Tower, lamiéndose el azúcar de los donuts que se les había pegado a los dedos. Uno de ellos me preguntó si me apetecía una mamada. Barata.

Subí las escaleras del apartamento de la Segunda Avenida. El mismo viaje que había hecho habitualmente durante dos años seguidos parecía ahora una dura prueba. Al empujar la barra de seguridad me sentí atravesado por todas las otras veces que había hecho este mismo movimiento. Como si lo recordase el cuerpo. Me noté el pecho en tensión y la boca seca, como si hubiese tomado anfetas, cosa que no había hecho. Las habitaciones parecían abandonadas pero, sin verla, sabía que ella estaba allí. Noté que se lamentaba en algún rincón. Sabía que ella podía oírme.

Estaba sentada en la cama con todas las cortinas corridas, las piernas cruzadas bajo el cuerpo y la cabeza colgándole entre las rodillas. Su rojo pelo cubriéndole la cara. Supe que no iba a atacarme. No la temía físicamente. Le toqué la cabeza. Estaba agarrotada. Como si llevara varios días en esa posición. Tenía la falda húmeda. Le goteaban los ojos y la nariz pero no sollozaba. Sus ojos estaban recogidos muy hacia adentro, como si ya no quisiera volver a ver nada que se pareciese a la Vida Real. Intenté sujetarla, pero era ridículo. Estaba agarrotada en esa posición. Le pregunté si quería alguna cosa. Como Té. Como un Chocolate. Como las cosas que yo solía pedirle bien entrada la noche al principio de la época en la que vivimos

juntos. Cada nueva oferta me parecía más patética que la anterior y más alejada de sus necesidades. Le froté el cuello. Parecía madera. Emitió un sonido. Le pregunté alguna cosa más pero ella era incapaz de pronunciar palabra. No salía de ella más que un tartamudeo consonante. Luego volvió a sumirse en el silencio. Encontré un pedazo de papel y un lápiz y se los puse en el regazo. De nuevo brotó el ruido, a estertores: «Tza, tza, tza, tza, tza.» Le puse el lápiz entre los dedos y moví su mano sobre el papel para mostrarle que la mina podía dejar marcas. Ella se quedó mirando las rayas. No emitió sonido alguno. Le solté la mano y ella siguió moviendo el lápiz, primero trazando círculos casi invisibles y luego otros más oscuros y pequeños. Mientras garabateaba empezó a emitir otra vez ese sonido: «Duz, duz, du, du, duz…» Vi que sus dedos recordaban los movimientos que se hacen para dibujar. Primero unos garabatos sin coordinación, sin objetivo. Después, gradualmente, trazos más firmes impulsados por cierta intención. Líneas que se conectaban a otras líneas para formar un pequeño cuerpo provisto de alas y cola, y luego pies. Pequeños pies palmeados, y después una cabeza con un pico. Un pico de pato. «Pa, pa, pato.» Pronunció la palabra volviendo bruscamente la cabeza hacia mí, con una repentina sonrisa infantil, para después volver a ocultarse detrás del pelo. «¡Pato!» Le quité el lápiz y con él escribí: «pato», debajo del dibujo. Le repetí la palabra. Ella se desplomó de espaldas en la cama, agarrándose las piernas, apretándoselas contra el estómago. Mientras se sacudía de aquel modo, intenté sujetarle la cabeza. Gimió con una voz que hasta entonces solo había oído emitir a los animales en el momento del parto. Gemidos de yegua. De oveja. Los gemidos salían de su garganta mientras su cuerpo intentaba desencadenarse. En el momento de mayor intensidad creía que se estaba muriendo.

De repente, la abandoné. Se transformó al instante. Empezó a emplear las palabras como si jamás las hubiese olvidado. Se puso en pie, se acercó a la silla donde tenía la ropa, se cepilló el pelo, se secó las mejillas pasándose rápidamente las manos por ellas, cogió el teléfono, marcó un número del otro lado del Hudson, se sentó en la cama y me sonrió sin dar la menor señal de tener conciencia de dónde había estado hasta hacía muy poco tiempo.

—Hola, Mamá. Soy yo. Oye, ¿te encuentras bien? Magnífico, Mamá. Escucha, se me ha ocurrido que podría ir a verte. ¿Qué te parece? Solo verte un momentito. ¿Te gustaría que fuese a verte? —Hizo una pausa, me dirigió una sonrisa y luego se miró una uña—. Sí, puedo salir ahora mismo. No, él se ha ido. No sé adonde. Ahora ya no vive conmigo. No. No lo sé. Se ha largado a algún lado. Ahora mismo nos vemos, ¿eh? Te quiero, Mamá.

10/78
Homestead Valley, Ca.

Si todavía rondaras por aquí
Te cogería
Te sacudiría por las rodillas
Te soplaría aire caliente en ambas orejas

Tú, que podías escribir como una Pantera
Todo lo que se te metiera en las venas
Qué clase de verde sangre
Te arrastró a tu destino

Si todavía rondaras por aquí
Te desgarraría hasta meterme en tu miedo
Te lo arrancaría
para que colgara como un pellejo
Como jirones de miedo

Te daría la vuelta
Te pondría de cara al viento
Doblaría tu espalda sobre mi rodilla
Masticaría tu nuca
Hasta que abrieras tu boca a esta vida

31/1/80
Homestead Valley, Ca.

Yo solía llevarle cubitos a Nina Simone. Ella me trataba siempre de forma encantadora. Me llamaba «guapo». Le llevaba toda una enorme bandeja de plástico gris llena de hielo para enfriar su Scotch.

Ella se arrancaba su peluca rubia y la arrojaba al suelo. Debajo, su verdadero pelo era corto, como una oveja negra recién trasquilada. Se quitaba las pestañas y las pegaba al espejo. Sus párpados eran gruesos y los llevaba pintados de azul. Siempre me hacían pensar en una de aquellas Reinas Egipcias que salían en el *National Geographic*. Tenía la piel brillante de tan húmeda. Se enroscaba una toalla azul al cuello y luego se inclinaba hacia adelante y apoyaba los codos en las rodillas. El sudor le resbalaba por la cara hasta caer y salpicar el suelo rojo de cemento, entre sus pies.

Solía terminar su actuación con «Jenny the Pirata», la canción de Bertolt Brecht. Siempre cantaba esa canción con una grave voz penetrante y vengativa, como si ella misma hubiese escrito la letra. Su actuación apuntaba directamente a la garganta de su público de blancos. Luego apuntaba al corazón. Luego apuntaba a la cabeza. En aquellos tiempos estos disparos eran un balazo mortal.

La canción de su repertorio que me dejaba verdaderamente paralizado era «You'd Be So Nice to Come Home To». Siempre me dejaba helado. A veces la oía mientras estaba en la sala, recogiendo vasos de Whiskey Sour, y ella iniciaba aquel tremendo terremoto pianísimo, con su voz fantasmal serpenteando hasta elevarse por encima de los acordes que se amontonaban poco a poco. Mis ojos subían directamente al escenario y mis manos seguían trabajando.

Un día tiré una vela mientras ella estaba cantando esta canción. La cera ardiente se derramó en un traje de ejecutivo. El director me llamó a su oficina. El ejecutivo estaba también allí, con sus pantalones manchados con un reguero de cera endurecida. Parecía que acabase de correrse. Esa noche me despidieron.

Afuera, en la calle, todavía me llegaba su voz desde el otro lado de las paredes de cemento. «You'd be Paradise to come home to.»

28/9/80
San Francisco, Ca.

Hombres peinándose en su coche
Hombres mirándose el pelo en el retrovisor
Hombres con grandes peines negros en el bolsillo de atrás
Hombres preocupados por cómo les ven las Mujeres
Hombres que se convierten en anuncios de Hombre

Mujeres calzadas con botas que las obligan a cojear
Mujeres cuidando de que sus ojos no se crucen con los ojos de los Hombres
Mujeres preocupadas por cómo les ven los Hombres
Mujeres que se convierten en anuncios de Mujer

Esa niña que lleva un vestido verde claro y zapatillas negras de baloncesto.

Esa niña que persigue un pedacito de celofán que vuela por un aparcamiento vacío.

Esa niña que habla con el celofán como si fuese una criatura del viento.

Esa niña que sonríe al cálido aliento tropical que le da en la espalda. No ve ninguna diferencia entre ella y el celofán. Empujados ambos por el viento. Reunidos en un mismo momento. La niña baja la vista hacia el celofán. Le habla directamente:

—Déjame pisarte —le dice—. Quédate quieto para que pueda pisarte.

13/1/80
Homestead Valley, Ca.

Esta es la gran noche del delito. La poli lanzada en febril persecución. La luna llena está congelada. Los durmientes sueñan balazos. Suenan las sirenas en mil calles.

En una remota cocina una mujer se ha metido en una situación bastante grave con un hombre. Está asustada, pero ahora le sale la furia. Él está borracho y cada vez se muestra más enloquecido. Ya ha abierto un enorme boquete en la puerta principal. El empapelado roto aletea al viento. La noche salta sobre ellos. No se oyen gritos porque no hay nadie que pueda oírlos. No hay teléfono. No hay coche porque las llaves las tiene él. Ella le observa estremecerse de rabia. Una rabia de origen desconocido. Ella le observa juguetear con los cartuchos de plástico verde. Ella se lanza hacia el agujero de la puerta. Él cae de bruces. Ella se ha escapado y está en el patio del ganado. Descalza. Se hunde hasta las rodillas en el estiércol. Oye un disparo en el porche. Aguarda el momento en que su cuerpo lo sentirá. Nada. Arranca las piernas del embarrado estiércol tirando de ellas con sus propias manos. Se aleja hacia la luz de la colina. No consigue recordar de quién es esa luz. No recuerda si es la luz de una casa o simplemente la de algún establo. Mejor con luz que sin ella, piensa. Mejor la luz que la oscuridad. Tropieza y cae en los profundos surcos. Avanza por tierra, a zarpazos. Mejor una luz, cualquier luz, que la oscuridad.

18/1/80
Petaluma, Ca.

horribles voces idiotas de dibujos animados
animalescas voces idiotas de dibujos animados
mientras gime el viento marino
y los barcos de turistas
se acercan con su necia sonrisa

montones de peces muertos
flotando
montones de peces muertos

ahora un grito fingido
sirenas de verdad
breves estampidos

pestazo de Tequila
en la piel de la mañana

30/10/81
Seattle, Wa.

Temo que algunas ideas puedan convertirse en realidad. Me refiero no tanto a las ideas, como a la materia prima de esas ideas. El tema de esas ideas. Como, por ejemplo, podría pensar que me corto accidentalmente la cabeza con una sierra mecánica. Lo veo. Mentalmente. La idea provoca esta imagen: (Cabeza volando. Cuello sangrando. Ahí estoy. En el campo. Debajo de un roble. Sostengo mi sierra mecánica roja encima de mí. Cantan las Alondras. Un Mirlo se posa en el árbol. La sierra mecánica brinca por su cuenta y me rebana la cabeza.) Sacudo la cabeza diciéndome: «¡No! ¡No pienses cosas así! Podrían convertirse en realidad.» A veces la idea se va en cuanto lo digo. Pero muchas veces la idea regresa. Y muchas veces regresa como una nueva versión de la primera idea. Como, por ejemplo, esta vez regresa en esta forma: (Aquí estoy. En el campo. Debajo de un roble. Sostengo mi sierra mecánica roja encima de mí. Una Alondra canta a lo lejos. Un Halcón planea en círculo. Un Perro ladra. La Sierra Mecánica brinca por su cuenta y me rebana el brazo.)

Si por casualidad estoy trabajando con una sierra mecánica en el momento en que esta idea pasa por mi cabeza, inmediatamente empiezo a tener sentimientos supersticiosos acerca de los elementos de la idea que están relacionados con la acción de la sierra mecánica y la posibilidad de que me ampute diversas partes del cuerpo. Por ejemplo, si en realidad aparece un Mirlo que se posa en el árbol en el que estoy trabajando, o si un Halcón planea o un Perro ladra o una Alondra canta, inmediatamente interpreto estas cosas como malos augurios. Paro la sierra mecánica. Me siento tranquilamente al pie del Roble y me relajo. Ahora empiezo a temer no tanto las consecuencias de la idea como la idea misma. Empiezo a desear que no regrese la idea. Empiezo a luchar contra ella. Intento evitar que penetre. Después me envalentono y actúo en sentido contrario. Empiezo a atreverme a tener esa idea. La invito a venir: (Aquí estoy, sentado al pie del Roble, invitando a una idea peligrosa. Las Alondras cantan. Muge una Vaca. Un Mirlo se posa en el poste de una valla. La idea entra como un estampido. El motor ruge. Sangre, carnicería. Mi cabeza sale volando. Me pongo cada vez más tenso. Luego me limito a mirar. Como una película. Ahora empieza a

actuar de otro modo. Empieza a comportarse bien. La idea se paraliza. Pierde vida. La imagen se borra. La idea desaparece. Quedo ileso. Aquí estoy. Sentado. Libre la cabeza de toda idea. Cantan las Alondras. Un Mirlo se posa en el poste de una valla. Ladra un Perro. Muge una Vaca. Grita un Pavo. Pasa un Autobús. Maúlla un Gato. Gruñe a lo lejos la Sierra Mecánica.)

31/3/81
Santa Rosa, Ca.

sigo rezando
para que pongan un programa doble:
Conspiración de silencio
y
Veracruz

28/4/81
Santa Rosa, Ca.

Perdieron la emisora navajo a unos noventa kilómetros al este de Gallup en la Highway 40. Simplemente, desapareció. Los viejos tambores se mezclaron poco a poco con los anuncios de McDonald's y con Tammy Wynette y al final se los tragó completamente el White American News: «Inglaterra contra Argentina.» Llevaban treinta y dos horas viajando por las carreteras, toda la noche desde más arriba de Modesto. Se turnaron al volante para poder dormir a ratos, pero como a ninguno de los dos le entraba el sueño acabaron viajando sentados el uno al lado del otro, cantando viejas canciones de Hank Williams y viendo la salida del sol sobre la carretera. A las mujeres no les había costado dormirse. Estaban enroscadas en el asiento posterior, en diversas actitudes terminales. Muertas para el mundo. Podían dormir en cualquier circunstancia. Era asombroso.

Cierta enloquecida actitud mental empezó a hacer presa en los dos hombres. Dejaron atrás el estado de queja interior por no haber dormido lo suficiente y pasaron a una especie de trance extático. Sus cuerpos abandonaron toda esperanza, y empezaron a contarse historias, mezclando al azar presente y pasado.

—Recuerdo que iba en un avión y llevaba el pelo cortado a cepillo, y un traje gris y corbata. Esto ocurrió en mil novecientos cincuenta y siete y me dirigía a una universidad, en Arizona. Sería la primera vez en mi vida que pisara el Oeste. Arizona State College…, «Los Diablos del Sol». Así que, hum…, recuerdo que una universidad era para mí una cosa muy encarada porque como yo había nacido en Jersey City y siempre había vivido en la Costa Este pensaba en las solemnes instituciones de esa zona. Y por eso intenté imitar la forma de vestir propia de esas universidades. Creía que la gente vestía así en todas las universidades. Bueno, pues el avión aterrizó en el desierto, bajé, yo no había estado nunca en el Oeste, y pensaba para mí, «oh, fantástico, es la primera vez que piso el Oeste, y por fin he llegado», y de repente me dio en plena cara una tremenda ráfaga de aire caliente. Era como un horno. Tenía la sensación de haberme metido junto al tubo de escape de los motores del avión. Jamás en la vida había sentido un calor tan intensísimo. No era más que el calor del desierto. Y a punto estuve de caer rodando por la

escalerilla del avión, y lo siguiente que noté fue el increíble pestazo de las boñigas de vaca. Boñigas de vaca por todas partes. Y la tercera cosa que me ocurrió fue lo de aquel tipo, el delegado de la universidad que habían enviado a recogerme. Creo que era alumno del último curso o algo parecido. Campeón de Lucha Libre. Llevaba puesta su chaqueta de Campeón de Lucha Libre. Un tipo rubio, muy bajo y fornido, con el pelo a cepillo, los extremos de los tejanos vueltos hacia arriba, y camisa de lunares. «Este tipo —pensé— va vestido como vestíamos en el Este hace diez años.» De modo que estas fueron mis primeras tres impresiones fuertes a mi llegada al Oeste. Hace más calor que en el Infierno. Apesta a mierda. Y todo el mundo está anticuado.

Se dejaron el desvío de Santa Fe unos cuarenta y cinco kilómetros atrás. Pasaron volando, sin verlo. Solo cuando ya se encontraban prácticamente en Pecos comprendieron su equivocación. Antes de salir de California habían hecho un pacto: no detendrían la camioneta a no ser que fuese absolutamente necesario. De modo que el cambio de conductor lo hicieron sin parar. Redujeron la velocidad a unos sesenta kph mientras el que estaba al volante se escurría hacia la derecha y el otro se deslizaba por debajo de él hasta ocupar su posición. Era un buen sistema. Volvieron inmediatamente atrás. Dieron un giro de ciento ochenta grados en la Highway 85, y en ese momento una de las mujeres habló. Había estado durmiendo tendida de espaldas en el suelo y ahora se sentó. A trancas y barrancas se alzó hasta apoyarse en el asiento delantero y le contó este sueño al conductor:

—Estábamos todos en Arizona pero yo me sentía completamente sola. Y me encontraba en un pueblecito indio y veía una y otra vez por el rabillo del ojo mágicos rituales secretos que se celebraban al final de las callejas. Indios que aparecían y desaparecían. Una de las cosas que vi fue a alguien que arrojaba sobre un pequeño túmulo ese polvo brillante y rojizo de la zona. Pero no pude ver quién lo arrojaba. Y luego alguien arrojaba polvo color lapislázuli sobre el polvo rojo, y se mezclaban de una forma especial. Después aparecía un guía. Era muy reservado, un tipo muy flaco, como si fuera un inglés de los de Graham Greene, vestido con un traje blanco muy holgado. El viento rizaba la tela del traje. Le seguí hasta el túmulo y él me condujo a un sitio que era como una fábrica de carne enlatada con muchos niveles diferentes, y estaba vacía. Había muchos pisos de cemento, pintados de color blanco y verde oscuro. Luego cruzábamos unos pasillos de rejilla metálica, avanzábamos por unas pasarelas. Y yo le seguía hasta una habitación grande, donde se tenía la sensación de estar al aire libre. Entonces el tipo empezaba a quitarse la americana del traje. Tenía unos músculos enormes y todo el cuerpo salpicado

de pecas. Después su cara se transformaba y adoptaba una expresión suave, blanda, también salpicada de pecas. Y me dio la impresión de que iba a revelarme una cosa muy importante. Torció el torso hacia un lado y levantó los brazos. Era como si fuese a empezar una carrera. Daba la sensación de que fuera a hacer una serie de poses pero se limitó a flexionar los músculos, repitiendo el movimiento rítmicamente. Como si todo su cuerpo, de cintura para arriba, estuviera latiendo.

En Santa Fe solo se detuvieron el tiempo necesario para repostar, y luego tomaron rumbo norte, hacia Chimayo. El dulce aroma del enebro se colaba por las ventanillas. Sobre la carretera planeaban los cuervos buscando lagartos y conejos muertos. Apareció a su izquierda The Black Mesa y todos estuvieron de acuerdo en que comprendían muy bien que para los indios fuese un monte sagrado. Pero ninguno de ellos llegó a explicar por qué lo creía.

Aparcaron delante del Santuario de Potrero, una ermita de adobe situada en el centro de una arboleda de deshojados Chopos Americanos. Unos cuantos niños morenos jugaban al béisbol en la arena roja del patio de la iglesia, pero ninguno de ellos levantó la vista para mirar a los recién llegados. Un viejo Pastor Alemán yacía tendido de costado en medio de la suciedad del lugar. A su lado había un pato muerto al que le habían arrancado la cabeza. Parecía que el perro hubiese estado jugando durante varias horas con el pato muerto, pero que al final se hubiese acabado cansando de él. El perro les miró cuando pasaron a su lado, pero no se puso en pie. Ni siquiera levantó la cabeza.

La ermita estaba cerrada. De las puertas de roble colgaba un enorme cerrojo. Dieron la vuelta al edificio buscando una entrada, pero todas estaban cerradas. Cruzaron la plaza y encontraron una capilla más pequeña con las puertas abiertas de par en par. En el interior había varias hileras de viejos bancos de madera separados por un pasillo central. El piso era de linóleo azul turquesa. El linóleo estaba sujeto al suelo con tiras de aluminio. El altar se encontraba repleto de santos católicos y figuras de ropajes isabelinos. Esculturas de la Virgen María, de dos metros de altura y con los brazos abiertos. Flores de plástico en jarrones mexicanos. Latitas de atún para quemar incienso. Velas votivas. Velas de la buena suerte. Velas para pedir dinero. Velas para pedir salud. En el centro exacto del altar, una caja de cristal con los bordes de latón, y en su interior una muñeca vestida de encaje blanco, con una cinta roja en torno al cabello. Los ojos de la muñeca estaban completamente abiertos. Justo encima de la caja colgaba de la pared un crucifijo de dos metros. Su cara expresaba una angustia incontenible y sus

ojos miraban directamente a la muñeca. A la derecha del altar se encontraba una cortina azul estampada con flores y detrás de ella un estrecho pasillo. Uno de ellos se acercó a la cortina y la abrió. Al pie de ella se abría un pozo de unos tres metros cuadrados, cavado en tierra y lleno de polvo rojizo.

La mujer que había contado el sueño sobre Arizona creyó haber visto un fantasma y salió corriendo de la capilla. Una vez fuera siguió corriendo hasta el camión. Un perro blanco corrió hacia ella, ladrando furiosamente. Ella se detuvo. El perro se detuvo. Se quedaron mirándose mutuamente un rato y luego el perro dio lentamente media vuelta y se alejó sin mirar ni una vez a la mujer. Justo ahora empezaba a oscurecer y no se oía más que el lejano ruido del motor de un Chevrolet trucado.

Al día siguiente pasaron junto a la pista de carreras para visitar al padre de uno de los hombres. Se encontraba sentado con la espalda encorvada en una mecedora de Arce con manchadas almohadas, sujetas con cintas al asiento y al respaldo. Estaba simplemente sentado allí, en una vacía habitación de cemento. Tenía la barba larga y roja. El cabello se le erizaba en la coronilla, como la cresta de un gallo. Llevaba una vieja chaqueta acolchada de color negro, pero el sol la había desteñido en algunos puntos hasta volverla amarilla. Cuando intentó vanamente ponerse en pie ante la llegada de los visitantes, las manos le temblaron. De todos modos, apenas si pudo incorporarse a medias y luego se desplomó de nuevo en la mecedora y se le quedó una respiración entrecortada. Tenía los ojos azules, con salvajes destellos de asustado asombro infantil. Hacía tiempo que nadie iba a verle. En el suelo, a su lado, tenía una botella de Dickel’s Sour Mash envuelta en una bolsa parda, una bandeja blanca de plástico llena a rebosar de colillas de cigarrillo, y una cajita de cartón por la que asomaba un periódico. Junto al padre se encontraba en pie un mexicano bajito, inclinado hacia él, como previendo la necesidad de tener que protegerle de los intrusos. Sus ojos grises estaban velados, como los de un caballo viejo que está a punto de quedarse ciego. Se presentó a sí mismo diciendo que era Steve Sandoval, y explicó que el día anterior había llevado al viejo a dar un paseo en coche, para que se airease un poco. Por el camino le predijo al viejo que muy pronto recibiría una visita. Probablemente, algún pariente. Dijo que había tenido esa corazonada.

El padre se agachó y cogió la caja de cartón. Empezó a sacar de ella objetos envueltos en papel de periódico. Le temblaban violentamente las manos mientras iba quitando el papel y aparecía un caballo blanco y negro de plástico con una silla de caucho. Se lo dio a su hijo. El padre siguió

desenvolviendo más objetos. Una hebilla metálica con una estrella y las palabras Estado de Texas formando un círculo alrededor de la estrella; una ranita verde de cerámica con unas iniciales grabadas en la barriga; una piedra negra del Desierto. El hijo iba coleccionando todos esos objetos en el regazo y lamentó no haberle llevado ningún regalo al viejo. Se quitó su sombrero de paja Resistol y se lo puso a su padre en la cabeza. Le iba justo a la medida.

Intentaron sacar al viejo al sol, para hacer algunas fotos de la familia reunida. El hombre llegó a trancas y barrancas hasta la puerta y se dio de bruces con una cortina de latas de cerveza fabricada por él mismo. Soltó una maldición contra la gravilla que había pisado y, tropezando continuamente, llegó hasta la pequeña extensión de parda hierba que crecía junto a la fachada. Se plantó muy firme en la hierba y proclamó que él mismo la había sembrado.

—El único césped auténtico de todo el pueblo —dijo.

Le ayudaron a entrar y de nuevo se desplomó en la mecedora. Le dijeron adiós allí mismo y él estrechó las manos de todos con gran firmeza. Les sorprendió que le quedaran todavía tantas energías.

Les costó un día y medio llegar a Needles. Todos dijeron que esta vez querían tomarse el viaje con más tranquilidad. Que no tenían ninguna necesidad de pasarse toda la noche conduciendo como locos. Cuando pararon a repostar consiguieron que un viejo de la Gasolinera Shell les sacara una foto a todos juntos, delante del camión. Las manos del anciano no paraban de temblar mientras hacía esfuerzos por enfocar el complicado zoom.

Entraron en el Desierto de Mojave con el depósito lleno y convencidos de que llegarían a Barstow. El conductor recordó haber leído en algún sitio que esta era exactamente la misma ruta que había tomado en mil novecientos cincuenta y siete Merle Haggard cuando huía de Flagstaff y los coches patrulla. Pero Merle había hecho el recorrido a pie y en medio de los fríos de noviembre, haciendo autostop con Apaches ebrios y subiéndose a los trenes. Pero solo para que volvieran a pillarle en Bakersfield. El conductor recordó otra ocasión en la que había estado en este desierto, pero entonces era un muchacho.

—Era cerca de Barstow. Un pueblecillo del que ni siquiera recuerdo el nombre. Probablemente en los mismos suburbios de Barstow. Habíamos llegado en coche procedentes de Cucamunga, el pueblo donde vivía mi amigo. Ed Cartwright. Estaba loco. Siempre andaba tomando Benzedrina. Traía al instituto la bolsa de comida llena de anfetaminas. Les cambiaba a los otros el postre por una pastilla. Hostess Twinkies y cosas así. Los dos estábamos en el equipo de atletismo. Ed y yo. Los dos corríamos las

doscientas veinte yardas. De hecho, tanto él como yo batimos aquel año el récord de la Liga. No se lo podían creer. Dos chicos del mismo instituto que batían el récord de la Liga, que según creo no ha vuelto a ser batido en quince años. Me parece que lo dejamos en unos veintitrés segundos. Una cosa así. Con aquellas pastillas, más que correr, volábamos. Y nadie sabía que nos dopábamos, claro. Lo único que sabían era que determinados días corríamos más o menos como los demás, pero otros días nos convertíamos en auténticos cohetes enloquecidos. Después de uno de esos esprints teníamos la sensación de que estábamos a punto de sufrir un ataque cardíaco en la nuez. Tardábamos algo así como una semana en recuperarnos porque, como durante la carrera no notábamos el dolor, nos destrozábamos los músculos. No sentíamos ningún dolor, nada. Solo la maravillosa sensación de velocidad y victoria. Bueno, pues, Ed pasó a recogerme una mañana con su Impala del cincuenta y ocho. Fue el primer gran año del Impala. Creo que era el del motor de 350. Muy potente para aquella época. Tenía una cola verdaderamente bonita con aquel cromado que se torcía y enmarcaba las tres luces rojas de posición a cada lado. Personalmente, yo prefería las aletas del Bel Air del cincuenta y siete, pero este nuevo Impala era una auténtica bala. Dejaba atrás a todos los coches de su categoría en la Pista Irwindale Drag. Bueno, así que Ed vino a recogerme muy temprano. Siempre fue un madrugador. Creo que, de hecho, cuando estaba a régimen de pastillas no pegaba ojo. Salimos por los viñedos de la antigua Baseline Highway. Esa era la carretera que prefería él porque casi nunca había coches patrulla. Solían buscar jaleo más bien bajando por Foothill o por la autopista de Pomona. Allí es donde te enganchaban siempre. A Ed le encantaba la Baseline y no levantaba el pie del acelerador hasta llegar a Cajón Pass.

»Cuando llegamos a lo alto de la montaña me dijo que tenía un tío que era una rata del desierto. Que vivía en una cabaña de hojalata perdida por allí. Que tocaba el piano y cuidaba cabras. Un auténtico solitario. Pero que era un tipo fantástico. Que nos daría todo el whiskey que quisiéramos. Yo le dije que no había bebido whiskey en mi vida. Solo había bebido Vino Ripple y Licor de Malta Country Club. Generalmente las dos cosas a la vez. Ed me dijo que si era así, seguro que jamás había estado verdaderamente borracho. Y resultó que tenía razón.

»Cuando llegamos por fin a la cabaña era la una de la tarde y hacía un calor increíble. Bueno, Barstow en verano es peor que un horno. Seguro que había más de cuarenta y tantos grados. Mirando el techo de hojalata, se veía flotar encima de él un mar de olas de color rojas y verdeazuladas. Y cabras

por todas partes. Cabras de todas clases. Subidas al porche. Atadas a neumáticos de tractor. No conseguí averiguar qué comían. Parecía como si se dedicasen a masticar arena. Allí no había hierba. Cuando nos aproximábamos oímos la música del piano, que parecía colarse a través de las paredes de la cabaña. Tocaba a la antigua, y de forma verdaderamente magnífica. Un poco a la manera de Tatum pero con menos virguerías. Más bien como Litte Brother Montgomery. Sin florituras. Bien, pues entramos en la cabaña. Ed llamó e inmediatamente pasó al interior, sin esperar. Y yo le seguí. Y allí estaba aquel viejo aporreando un vetusto piano vertical al que se le había saltado buena parte del barniz. Él siguió tocando como si nada. Había puesto un ventilador eléctrico encima del piano, orientado directamente hacia su cara, y llevaba un sombrero de paja hundido hasta las cejas para que no volase. En el asiento, a su lado, tenía una botella de whiskey y un vaso. Por todas partes zumbaban las moscas. Moscas de la carne. Tábanos. Todos los tipos imaginables de moscas. Moscas jodiendo a otras moscas. Trepaban por el cuello del viejo, y por sus brazos, y aterrizaban en sus manos, y caminaban por sus labios y se le subían por la nariz, pero él no dejaba de tocar. Era como si el tipo estuviese en trance o algo así, y nosotros nos quedamos mirándole como un par de imbéciles hasta que por fin terminó esa pieza. Se titulaba "Madagascar". Eso nos dijo cuando por fin terminó. "Madagascar". Jamás olvidaré este nombre. Bien, pues nos pasamos todo el día allí, bebiendo whiskey con él. Nos dio todo el que fuimos capaces de tragar, que resultó no ser mucho. La combinación del calor, el hambre, las anfetas y encima el whiskey me hizo pensar al final que estaba a punto de volverme loco. Pero, fuera como fuese, aguanté. Y entonces, de repente, el tío de Ed tuvo la gran idea.

—¡Vamos a cazar conejos! —dijo—. ¿Qué os parece?

Y el rostro se le iluminó casi exactamente como el de Walter Huston en *El tesoro de Sierra Madre*. De hecho el viejo me recordaba muchísimo a Walter Huston. Era como un duende. Se puso excitadísimo, salió corriendo hacia la cocina, empezó a sacar de la alacena cajas de balas del veintidós largo y luego trajo tres pistolas que guardaba en una bolsa de lona verde que tenía debajo de la cama. Nos dio una pistola a cada uno y arrojó un montón de balas en la mesa de la cocina. Después de cargar nuestras armas salimos tras él por la puerta trasera. Caminaba con un gracioso paso estevado y llevaba una enorme linterna negra en el bolsillo. Yo estaba tan pirado que ni siquiera me había dado cuenta de que ya era de noche. Pasamos entre las cabras y todas se le acercaron corriendo y armando mucho ruido, como si creyeran que iba a

darles de comer o algo así. Él se rió y las apartó con un ademán de la mano, como diciéndoles que ya les daría su comida más tarde. Y todas se alejaron como si le hubiesen entendido. Estuvimos caminando en línea recta por el desierto. No nos detuvimos hasta transcurrido un buen rato. Ninguno de los tres hablaba. Recuerdo que mis ojos tardaron bastante en acostumbrarse a la oscuridad. Me pregunté muchas veces por qué diablos no usaba la linterna. Cuando se lo dije a él, me contestó que todavía no era muy de noche. Además, dijo, él veía bien en la oscuridad. La linterna la llevaba solamente para «congelar» a los conejos. Como ocurre con los ciervos. La luz les hipnotiza y se quedan sentados, muy quietos. Y, efectivamente, en cuanto el viejo iluminó a un conejo con su linterna, el animal frenó de repente su carrera y empezó a agitar la nariz en nuestra dirección. Descargamos nuestras pistolas contra todos los puntos posibles de su cuerpo, pero no cayó. Se limitó a pegar un brinco y agitar el hocico a cada disparo. Cargamos de nuevo las armas y repetimos el proceso. Esta vez mis pensamientos vagaron muy lejos de allí. Cada vez que alcanzaba al conejo, cada vez que una bala atravesaba su cuerpo, me acordaba de una chica. Una chica mormona. No eran unos pensamientos especialmente sexuales. Más bien tiernos. Y flotaban en los silencios que mediaban entre un disparo y el siguiente. Vi sus labios rosados. Sus brazos extendidos hacia arriba. Se me ocurrió tratar de alcanzarla, a pesar de saber que se había alejado hacía mucho tiempo. Recordé su voz. Me pregunté si ella se acordaba de mí alguna vez. Y justo en aquel momento comprendí que las cosas están muy separadas las unas de las otras. Que las cosas más íntimas están alejadas. Vi mi mano sosteniendo la pistola. Las repetidas explosiones verdes y anaranjadas y luego volviendo al negro. La mano iluminada y luego oscura y luego iluminada otra vez. La mano desconectada del cuerpo. El conejo acabó muriendo.

Llegaron a San Rafael a eso de las seis de la madrugada. Los perros salieron corriendo a recibirles pero ninguno de ellos parecía tener fuerzas suficientes para bajar del camión. Las mujeres dormían y los hombres se quedaron quietos, mirando la puerta azul del garaje. Las calles estaban desiertas. La niebla trepaba por las colinas a lo lejos y nadie se movió hasta que empezó a lucir el sol.

14/4/82
Bluewater, New Mexico
18/4/82
Barstow, Ca.

El insomnio es una cadena
El insomnio es un lazo
El insomnio es un círculo vicioso

Ahora mismo
Dentro de mi cabeza
Dentro de los huesos

Gira mi cuello
Se mueve el cartílago
Me gusta el ruido de mis huesos

En medio de esta emergencia
Pienso en ti
Y solo en ti

En medio de esta sangre insomne
Tus labios rosados
Tus brazos extendidos hacia arriba

No puedo respirar sin ti
Pero este círculo de costillas
Sigue funcionando por su cuenta

17/5/82
Lancaster, Ca.

Rocío en la tapadera del bidón de las basuras. Sorprende a mi mano. Algún sueño en el que estaba metida mi cabeza.

Tramposo tiempo. Primera inundación. Falsa Primavera. Y ahora esta helada. Menos mal que no he sembrado ya las judías. Como pensaba hacer.

Por suerte he sacado el pestazo de la casa. Fuera lo que fuese, estaba podrido. Olía a Brócoli muerto.

Probablemente los negros lo volcarán por la noche. Menos mal que tenemos los perros.

Noche sobrenatural. Sin sirenas. La calle en silencio. Prácticamente sin viento. Buena noche para robar gasolina.

No, mejor no probar. Demasiado frío. Con un tiempo así, la piel se pega al acero.

Hoy llevaba la camiseta de manga corta. ¿No iba en camiseta? ¿No era hoy? De hecho, hoy he salido una vez al aire libre en camiseta.

Sobrenatural. Tiempo atómico. Probablemente terremotos. Probablemente significa que ha habido terremotos.

Aunque parece que los perros enloquecen. Se ponen a correr en círculos. Vomitan. Señales de estas.

Quizá ha reventado alguna cosa en la Central. Eso que hay en el núcleo del Reactor. Fisión nuclear o algo así. Fisión o fusión. Algo así. Allí donde se desboca. La una es lo contrario de la otra. No sé cuál es cuál.

A estas alturas ya lo estarían diciendo por la radio. Pero no tengo radio. Lo estarían diciendo por la radio de algún vecino. Y ese vecino me telefonearía. Pero no tengo teléfono. Y no conozco a ningún vecino.

Da igual. Si queréis que os diga la verdad, prefiero no enterarme. Prefiero tomarlo como venga. Y librarme de todo el miedo. Si voy a disolverme, me disuelvo. No importa. Prefiero disolverme en paz.

Aunque dicen que no ocurre de repente. Dicen que es bastante lento. Como una tortura. Respirar duele horrores. Maravillosas ideas. Y solo había salido a tirar la basura.

2/80

Homestead Valley, Ca.

¿Por qué pienso
«Este tipo está completamente loco»
Sentado en un bar de pueblo
Vestido con un traje de terciopelo negro, con chaleco
Oliendo a Chulo de la Calle Catorce
Con un tic nervioso en unos ojos pardos
En los que casi no se ve la pupila?

¿Por qué pienso
«Este tipo está chiflado»
Cuando pregunta si ha nevado alguna vez en San Francisco
Si Herb Alpert toca a veces música clásica?

¿Por qué pienso
«Este tipo está majara»
Cuando me dice que tiene muchísimo talento
Pero le falta tiempo para desarrollarlo?

¿Por qué pienso
«Este tipo está como una chota»
Cuando coge la jarrita de la leche
Y la llama «Esta vaquita tan mona»?

Sé por qué
Porque no oculta
La desesperada distancia que le separa de la gente

12/79
San Anselmo, Ca.

Ya he visto prácticamente
todas las narices arregladas
todos los dientes con funda
y todas las tetas remozadas
que puedo soportar

Me voy de regreso
a la mujer natural

23/11/81
Los Ángeles, Co.

Se queda quieto junto a la reventada maleta, contemplando las que fueran sus pertenencias. Aplastadas pastillas de jabón que se llevó del baño de los moteles. Chatas latas de judías. Un magullado mapa de Utah. El recalentado alquitrán negro empapa la blanquísima toalla que se guardaba para el primer baño a fondo de todo un mes.

De un extremo a otro de la carretera, nada se mueve. Ni un solo tallo se agita. Ni siquiera se mueve la solitaria pluma de alondra enganchada en el clavo del poste de la valla.

Avanza con la puntera de la bota por la negra pista de caucho quemado del patinazo. Sigue con la vista el brusco y enloquecido viraje de los neumáticos. El acre olor del caucho. El dulce olor de la arena abrasada.

Ahora salta un lagarto. Deja una estela pisciforme con la cola. Desaparece. Tragada por el mar de arena.

¿Debería esforzarse por salvar alguna cosa? Un simple botón de muestra. ¿Un par de calcetines? ¿Las pilas de la linterna? Debería tratar de recoger alguna cosa para llevársela a ella a su regreso. Algún detalle. Un recuerdo para que ella no pueda creer que no ha estado haciendo absolutamente nada. Que se ha pasado todos estos meses errando de un lado para otro.

Revuelve los restos con una rama de mezquite. Busca un regalo. No parece que valga la pena salvar ninguna cosa. Ni siquiera las que no se han estropeado. Ni siquiera la ropa que lleva puesta. El anillo de Turquesa. Las botas de punta afilada. La Hebilla india.

Lo arroja todo al montón de chatarra. Se queda sentado en cuclillas, completamente desnudo, en medio de la ardiente arena. Prende fuego a los restos. Después se pone en pie. Vuelve la espalda a la Highway 608. Se pone a caminar hacia las desiertas extensiones.

17/2/80
Santa Rosa, Ca.

Los rojos Montes Wasatch arden en la noche
Rumores de partido regional de béisbol bajo focos gigantescos

El muro de los montes devuelve el eco de los vítores
Cuando cruzamos a pie la cañada

Crujen suavemente los chopos sobre nuestras cabezas
Vemos el partido desde la ladera

Muchachos corriendo tras la pelota
La cañada está helada

Encontramos un puente de madera
Tablas clavadas por unos chiquillos

Al otro lado el suelo es arenoso
Grandes rocas lisas

La Montaña tiene dominado el pueblo
Se nota muy bien desde la cañada

31/7/80
Cedar City, Utah

Esta mañana hemos matado a una Gran Cascabel del Mojave. Le hemos rebanado la cabeza con una azada. Le hemos rebanado el cascabel. Hemos arrojado su cadáver ladera abajo, y aún serpenteaba. Hemos tirado la cabeza a una tubería de drenaje enterrada en la arena. Algunos de nosotros queríamos comernos la carne pero los otros la han arrojado lejos. De hecho, se han apresurado a arrojarla lo más lejos posible. He tenido la sensación de que eran supersticiosos. Una de las chicas tocaba el cascabel como si la serpiente viviera todavía. La empujaba con la uña sobre la superficie de la mesa. Parecía efectivamente que estuviese muy viva, a pesar de que no se movía por su cuenta.

Esta noche he bajado a la ladera, buscando un rincón donde dormir. Pero la fetidez de las serpientes muertas era insoportable. Evidentemente, siempre arrojan los cadáveres al mismo sitio, y la intensidad de su carne putrefacta se ha ido acumulando.

Me fui de allí y ascendí a contraviento, en línea recta, esforzándome por ver el sendero, avanzando con mucha lentitud, atento a la posible aparición de alguna serpiente. La luna brillaba intensamente y todavía se notaba el calor del día. Notaba que el calor que emanaba de la tierra era arrastrado por la brisa nocturna. Me instalé en un sitio que tenía forma de semicírculo y que dominaba un estrecho y oscuro cañón. Apoyé la espalda contra una gran roca plana. La roca había acumulado gran cantidad de calor y su contacto con mi espina dorsal era muy agradable. Doblé las rodillas hasta el mentón y me sujeté las piernas con los dos brazos. No sé por qué me agarraba a mí mismo de esa forma. Sabía que si hubiese habido más gente por allí no me habría cogido así las piernas. Estuve contemplando el Valle a través de las ramas de una Manzanita quemada. Las luces de Pomona a la izquierda y las oscuras colinas salvajes a la derecha. Todo el rato deseaba tener un caballo, pero mi sueño era interrumpido constantemente por la idea de las serpientes.

Debí de estar allí, sin moverme de sitio, unas tres o cuatro horas. Mirando. Alguna cosa me clavaba allí. Luego me levanté, tomé el coche y me fui por la larga y estrecha carretera de Mt. Baldy, atravesé abandonadas huertas de limoneros, dejé atrás la vieja caseta de gasolinera construida con cantos

rodados recogidos de los alrededores en mil novecientos diez. Atravesé Azusa, Duarte. Me duché con agua fría en el Best Western Motel de Arcadia, justo enfrente de la pista de carreras de coches. Anduve desnudo por la habitación, dejando gotear el agua en la alfombra anaranjada, dudando si conectar o no la TV, mirando, sin descorrer del todo las cortinas, los coches aparcados delante de las habitaciones, cada uno aparcado en el número correspondiente a su habitación. Abrí mi mapa de carreteras Rand McNally, lo extendí sobre la cama y me quedé mirando el estado de Wyoming. Pasé el dedo por la serranía Big Horn.

Me fui a la mañana siguiente.

27/7/80
Padua Hills, Ca.

Me fijo en mi hijo, que pega brincos en sueños
Mientras duerme tendido de costado en una cama de motel

En la habitación de al lado una pareja discute
—¡No, Lorraine, no te atrevas a hacerlo! —dice él
—¿Por qué? —replica ella

Los nadadores chapotean en la piscina
Baño nocturno
Sin voces
Solo brazos que chapotean

Mi hijo pega un brinco
Mueve la cabeza en la almohada
Le atraviesa un sueño
Su voz
Sin palabras

Enormes, los Grandes Tetones frente a nuestra ventana
Sin nieve
Azules

El Río Serpiente se retuerce en torno a nuestra cama
Siseando para sí

El tipo de la cartuchera al cinto grita desde su ventana
«A ver si moderamos ese lenguaje» a la pareja que está discutiendo

La pareja se calla
Suelta risillas

Termina el Rodeo

Se oyen los camiones

El Café Cuerno de Alce se llena de Vaqueros

El Águila se lanza en picado sobre la Trucha

Alguien echa una moneda a la Máquina de Cubitos
La Máquina entrega su carga con un golpe seco

Los nadadores abandonan la piscina
Ahora hablan
Pero no logro entender qué dicen

Los Alces se van hacia el Norte
(Casi puedo oírles)

El Oso Pardo va a donde le da la gana
(Ayer se comió a tres autostopistas)

Mi hijo salta en sueños

Suena un disparo

La pareja grita

Mi hijo se despierta

5/8/80
Jackson, Wyoming

Esta noche
Riegan la pista de gravilla en Cody, Wyoming
Un viento seco sopla en las Gradas del Rodeo
El Himno Nacional flota hacia la pradera
Cantado sin convicción
Cantado porque hay que cantarlo

Hay aquí un toro llamado «Cottonmouth» al que nadie ha podido montar jamás
El locutor gruñe el viejo adagio
«Jamás hubo toro que no pudiera ser montado
Jamás hubo vaquero que no pudiera ser desmontado»

Soplan vientos fuertes de las Rocosas
Por la serranía Absoraka
La noche se traga a Wyoming entero
La noche nos obliga a encender los focos

6/8/80
Cody, Wyoming

Esta mañana mi caballo lleva las orejas tiesas. Es la primera vez que sube a esta montaña. Se fija en cada Roble, en cada ardilla que salta a un agujero. No se asusta como si hubiese visto fantasmas. Solo mira.

A mitad de la ascensión atravesamos la puerta de unos pastos vallados y le detengo en terreno llano. Jadea cansado de la ascensión, y de la cruz le salen manchitas de sudor. En el valle que tenemos justo debajo de nosotros hay un granjero sentado en una camioneta verde. Está mirándonos. Nosotros le miramos también. Nos negamos a irnos de allí. No entiendo por qué me tomo esta mirada como un desafío. El granjero está tan lejos de nosotros que ni siquiera llego a distinguirle la cara. Sus ojos podrían fácilmente estar mirando a otra cosa. Estamos en sus tierras, de eso no cabe la menor duda, pero no tenemos malas intenciones. No llevamos armas. Ni siquiera me he puesto a fumar.

Doy la espalda a la camioneta y observo las tierras pantanosas que se extienden abajo, al otro lado de la carretera. Confío en demostrarle al granjero con este movimiento que no he venido más que a distraerme un rato dando un paseo a caballo. Él completa este diálogo visual poniendo el coche en marcha y alejándose. Deduzco que nos hemos entendido.

Una vez en la cumbre de la montaña atravesamos un prado llano en el que hay docenas de huellas de ciervos. Otra valla para el ganado nos corta el paso con una enorme cadena galvanizada sujetando la puerta. Cuelgan de la cadena tres cerrojos del tamaño de una pelota de béisbol para infantiles. La valla y la puerta son de alambre de espinos. Cualquiera podría cortarlo con unas simples tenazas, pero el mismo granjero está hablándome de nuevo con su cadena y sus tres cerrojos.

Avanzamos al paso siguiendo la valla, buscando un agujero. Una población de Ardillas Grises tan abundante como la de Saltamontes. Me vuelvo de espaldas al prado y veo una cosa que me atrae. Rocas negras manchadas de musgo. Un grupo de Robles y un Laurel. Acerco mi caballo al Laurel y le quito la jáquima. Parece contento de encontrarse bajo un Laurel. Aquí no hay moscas.

Me siento en una de las rocas mirando la grupa de mi caballo. Sigue completamente quieto, con las orejas muy derechas. La cola le cuelga inerte. Las pezuñas firmemente clavadas en el suelo. Parpadea, y mi mente queda libre de todo pensamiento.

21/9/80
Novato, Ca.

desde la alta hierba
hasta el borde del patio asfaltado
te veo escrutarme

te veo cuando no sabes que miro
y cada mirada que robo
le añade un día a mi vida

últimamente eres más difícil de atrapar
o es que me estoy volviendo viejo
últimamente eres más difícil de atrapar

6/11/81
Homestead Valley, Ca.

Lo que vi fue lo siguiente: Desde lejos. Iban cuatro. Se movían como serpientes. Arrastraban las patas hacia el negro rebaño. Como si sus patas estuvieran muertas. Arrastrando sus flacos cuerpos sobre la roca. Al principio ni siquiera reconocí que fueran seres humanos. Y ni se me hubiera ocurrido que podían ser sioux. Creí que serían perros oscuros o algo así. Profundos agujeros en la pradera. Agujeros en movimiento. Me resultaba imposible dejar de observar su avance. No tenía miedo. Sabía que los carromatos se estaban alejando. Sabía que estaban dejándome atrás. Pero no tenía miedo. Les vi saltar. Los cuatro a la vez. Derribaron al enorme buey. Le rajaron la garganta con sus cuchillos. Le abrieron el vientre de punta a cabo. La barriga cayó al suelo. La membrana se rompió. Las tripas se desparramaron por la pradera, humeantes. Empezaron a escocerme los ojos. Les oí cantar. En realidad no era una canción. Extraños gritos mientras le arrancaban la lengua y se la comían entre los cuatro. Cuando el buey todavía se estaba estremeciendo. Cuando sus patas traseras empezaban a quedarse agarrotadas. Y la cola zigzagueaba. Se elevaron delgadas columnas de polvo y seguí el polvo con la mirada. Al fondo asomaban las moles de los Tetones. Azules. Y vi brillar esas montañas. Y me acordé de Boston. Y eché de menos mi piano. Y no podía creer que mi piano se encontrase en el mismo mundo, que viviera en la misma época, ni que yo nunca volvería a ver Boston.

17/7/80
San Anselmo, Ca.

Había penetrado profundamente en las treinta y dos hectáreas de pastos que acababan de brotar y la cabeza no paraba. Podía ver a través de las verdes hojas las marcas dejadas por el tractor en su última pasada. Las profundas depresiones de las huellas del ganado en los sitios en donde el suelo estaba embarrado y se lo habían comido todo y solo quedaba un corto rastrojo amarillo. Más o menos cuando atajaron el incendio. Oía a mi cuerpo que quería irse y tenderse, pero mi cabeza no le hacía caso. Vi que aquí, al aire libre, era mucho más fácil determinar la hora. Todo aquí entendía íntimamente que el sol se estaba yendo. Hasta los halcones lo dejaban para el día siguiente.

Seguí pensando que allá en el establo había alguien que me llamaba. Oía en realidad su voz y me volví a mirar. No había nadie.

Me volví hacia la extensión de tierras y me pregunté hasta dónde ir. Exactamente la misma pregunta que me hice antes, cuando nadaba en el océano. ¿A partir de qué lugar empieza a ser peligroso seguir alejándose? Y comprendí que uno se lo pregunta cuando ya empieza a creer que ha ido demasiado lejos.

18/12/79
Petaluma, Ca.

Jack Montgomery metió todo el brazo hasta el fondo de la garganta de mi caballo. Yo se lo vi hacer. Me quedé mirándole, viendo cómo le desaparecía el brazo hasta el codo. Un riachuelo de baba teñida de verde por la alfalfa cayó sobre mis botas. Lo vi correr. Vi que mi caballo ponía los ojos en blanco, vi que me miraba como un demonio asustado. Vi desaparecer el sol detrás de su cabeza.

Petaluma adquiría una débil tonalidad anaranjada.

13/1/80
Petaluma, Ca.

Cada vez que oía pasar a un avión por encima de nuestras tierras mi Papá tenía la costumbre de pasarse los dedos por la cicatriz de metralla de su nuca. Estaba por ejemplo agachado en el huerto, reparando las tuberías de riego o el tractor, y si oía un avión se enderezaba lentamente, se quitaba su sombrero mexicano, se alisaba el pelo con la mano, se secaba el sudor en el muslo, sostenía el sombrero por encima de la frente para hacerse sombra, miraba con los ojos entrecerrados hacia el cielo, localizaba el avión guiñando un ojo, y empezaba a tocarse la nuca. Se quedaba así, mirando y tocando. Cada vez que oía a un avión se buscaba la cicatriz. Le había quedado un diminuto fragmento de metal justo debajo mismo de la superficie de la piel. Lo que me desconcertaba era el carácter reflejo de este ademán de tocársela. Cada vez que oía a un avión se le iba la mano a la cicatriz. Y no dejaba de tocársela hasta que estaba absolutamente seguro de haber identificado al avión. Los que más le gustaban eran los aviones a hélice y esto ocurría en los años Cincuenta, de modo que quedaban ya muy pocos aviones grandes a hélice. Si pasaba una escuadrilla de P-51 en formación, su éxtasis era tal que casi se subía hasta la copa de un aguacate. Cada identificación quedaba señalada por una emocionada entonación especial en su voz. Algunos aviones le habían fallado en mitad del combate, y pronunciaba su nombre como si les lanzara un salivazo. En cambio, mencionaba los B-54 en un tono sombrío, casi religioso. Generalmente solo decía el nombre abreviado, una letra y un número:

—B-54 —decía, y luego, satisfecho, bajaba lentamente la vista y volvía a su trabajo. A mí me parecía muy extraño que un hombre que amaba tanto el cielo pudiese amar también la tierra.

29/8/80
Santa Rosa, Ca.

Salen de Winnemucca a toda prisa
El Padre guardándose en los bolsillos los mil dólares que ha ganado al póquer
El Hijo rogándole que le deje un Dólar de Plata
Sólo para tocar el Águila
El Padre diciéndole al Hijo que diga cara o cruz
mientras el coche ruge lanzado por la Highway 80

El Hijo diciendo cruz y sale cruz
cuando la moneda cae en medio del mapa de Nevada

10/8/80
Winnemucca, Nevada

Estaba prácticamente a mitad de camino entre San Francisco y Los Ángeles. Aparcó el camión en la suave orilla de la Highway 5, pasó reptando por debajo de una alambrada y se dirigió al pastizal de Harris. Más allá de los corrales encontró un campo abierto y se sentó en el centro con las piernas cruzadas. El áspero olor a ganado le inundó el pecho. El sol estaba poniéndose justo entonces, tras las colinas de Coalinga, y dos anchas fajas de nubes anaranjadas se extendían por encima del Central Valley como un par de gigantescas alas de halcón. Quería hablar consigo mismo pero se lo impidió la quietud del espacio. Estuvo escuchándolo. Chotacabras. Mugidos de las reses. El bello gemido de un diésel Kenworth. Imaginó las dos ciudades simultáneamente, como si colgaran de los brazos extendidos de las nubes anaranjadas. Suspendidas. La pequeña San Francisco oscilando al norte: inocente, rica y un poquitín boba. Al sur, la reptante y demente serpiente de Los Ángeles. Con su colmilluda boca abierta de par en par, los ojos al rojo, paralizada en un ataque de pura paranoia. Aquí es donde debía estar, pensó. Justo aquí. En medio. Aplastado sobre la barriga de California, en un lugar desde el que podía verlas a las dos desde lejos. Podía vivir en los intestinos de este valle, y dedicarse a espiar el cerebro y los genitales. Un plan en vano. Las cosas empezaban a tirar de él en ambas direcciones. Ya estaba en movimiento cuando solo buscaba la quietud. Una mano enorme tiraba de él desde su espalda. Una mano sin cuerpo. Tiró de él hacia arriba, remontándolo a muchos kilómetros de altura, por encima de la carretera. No se resistió. Ya no tenía miedo de caerse. La mano penetró limpiamente a través de su espalda y se dirigió directamente al corazón. Se lo cogió. Sin apretarlo. Era un contacto de amor puro. Dejó que su cuerpo cayera y lo vio rebotar contra el suelo sin esperanza. Su corazón permaneció en lo alto, encogido en la palma de un gigantesco puño.

23/11/81
Coalinga, Ca.

Esta noche alejo de mí a todo el mundo. Lo he hecho durante todo el día, pero esta noche sigo haciéndolo hasta con virulencia. He acampado junto a mi ventana favorita y por mucho que toquen armónicas, por mucho que oiga entrechocar de platos, risas y voces de otras habitaciones de esta casa, nada me arrancará de aquí. Lo que verdaderamente ansío es el momento en el que se desvanece el día. Coches que acaban de encender los faros. Lechuzas tanteando el terreno. Este ataque de malevolencia se desvanece poco a poco cuando se hace verdaderamente de noche.

Siempre me pongo raro con el Veranillo. Ya lo he notado otras veces. Mi organismo entero se siente estafado. Justo cuando el cuerpo empezaba a enamorarse de las doradas hojas de Chopo que caían planeando. Del olor a leña de Madroño quemándose. El Veranillo desgarra de parte a parte el salvaje encanto del Otoño.

No tengo ganas de rondar por ahí quitándome hasta la camisa. Lo que quiero son gruesas capas de mantas canadienses y un buen fuego. Y perros. Y noches frías, frías.

22/9/80
Santa Rosa, Ca.

Quizá tendría que encender un fuego. ¿Te gustaría? Encenderé el fuego.

Quizá tendría que romper en pedacitos pequeños el periódico dominical y hacer un esfuerzo por no entretenerme leyendo los anuncios.

Quizá tendría que terminar del todo el agujero que estaba cavando en el huerto de atrás.

Quizá tendría que prepararme una taza de té y tomar Vitamina C. ¿Quieres una taza de té?

Quizá tendría que dar simplemente un paseo sin rumbo.

Quizá tendría que quedarme en un sitio y no moverme de allí y dejar de inventarme motivos para irme.

Quizá podríamos tener tú y yo una conversación. ¿Te gustaría conversar?

14/1/80
Homestead Valley, Ca.

Hace tres días seguidos que sopla este viento. Nuestros mejores amigos se están separando. Llaman a nuestra puerta amantes que se buscan el uno al otro. Pasa veloz el polvo por nuestras tierras. Golpetean todas las puertas de la casa. Hasta la de la nevera. Vibran todos los cristales de las ventanas. Siempre se está haciendo el café. Siempre se oye teclear en el sótano. (Escribe.) Todo el pueblo alborotado; solo por la noche.

Cuando hace este tiempo pienso en largarme. Pero sé cómo me siento cuando me largo. Sé cómo me siento.

En la casa de al lado están construyendo una ventana. Me sumerjo en libros sobre la Fiebre del Oro. Hay una cosa que me atrae. Solo una. Que sepultaban a los compañeros dentro de árboles gigantes. Árboles enteros. Clavados dentro del tronco.

Hoy me he comprado una pistola nueva y un juego de neumáticos. Mi cuñada boquea pegada al teléfono. Finge vomitar. Ríe histéricamente. Enloquecida por el torso de no sé quién. Debido a algún extraño motivo, mi mujer lee a Jung. Así, por las buenas. Generalmente lee cosas de Michael Moorcock, pero hoy lee a Jung. Mis padres viven separados. Cada uno por su lado. Por un momento creo que sufro un ataque. De los que se muerden la cola. Siguen los golpecitos en la casa de al lado. La ventana progresa. Las voces de las mujeres cruzan la casa como flechas. El civilizado ruido de un camión. ¿Qué es lo que pretendo entender? Una colección de sonidos. Arrendajos peleándose en cañón. El gran sauce agitado por el viento. La gente moviéndose. Empujada. El que teclea abajo. El que está en el hospital. El que va en tren.

Regresan las mujeres en sus bicis. Con el niño. El más pequeño. Su cara es la más roja de todas después del paseo.

Atacada por la salvaje intemperie. Es mi único hijo. Por la noche leo *La llamada de la selva*. Él la llama «lo del Lobo».

—¿Me lees un poco más de «lo del Lobo»?

Ya es de noche.

8/78

Homestead Valley, Ca.

Hoy hace exactamente un año que nosotros tres la dejamos sola en casa y nos fuimos en bicicleta al pantano que hay junto a la autopista. El viento arrastraba calle abajo hojas de Chopo y Sicomoro, igual que hoy. Apoyamos las bicicletas en el banco metálico y nos quedamos los tres contemplando a una Garceta Blanca que hacía agujeros en el barro con su pico. Una sirena aulló a lo lejos. Un vecino y su hijo pasaron con sus bicicletas. Se detuvieron junto al banco y arreglaron los frenos. Acababan de comprar en un mercado de segunda mano una máquina de escribir negra, y el hijo ardía en deseos de llegar a casa para probarla. Conversamos un momento con el padre. Del cambio de marchas de su bicicleta. Le gustaba que el cambio funcionara «como una seda».

Cuando regresábamos a casa se cruzó con nosotros, en dirección contraria, una ambulancia. El aire estaba frío y me hizo recordar el Otoño en Nueva Inglaterra. Sobre todo en Maine. Un flaco chiquillo negro del barrio se nos acercó cuando casi habíamos llegado a casa. Dijo que una ambulancia acababa de irse de allí.

Cuando llegamos a casa la encontramos vacía. Ella ya no estaba. No había señales de que hubiese ocurrido ninguna cosa rara. El sofá estaba ligeramente separado de la pared, pero aparte de esto no vimos nada. No había ninguna nota. Llamé al número de urgencias y pregunté si alguna ambulancia había venido a nuestras señas. La telefonista me puso directamente con la ambulancia. Oí una sirena lejana. Las embozadas voces distantes de los enfermeros. El ruido de la velocidad en la carretera, como las aguas de un río. Me la imaginé tendida de espaldas. Vi a través de sus ojos el rítmico deslizarse de las copas de los árboles. La botella intravenosa bamboleándose sobre su cabeza. Dijeron que no tenían ni idea de lo que le ocurría. Se había desmayado en casa. Cuando volvió en sí telefoneó pidiendo una ambulancia. Eso era todo lo que sabían. Iban de camino al Hospital de Urgencias.

En la sala de espera un joven médico con barba y de actitud ligeramente malhumorada nos preguntó por su estado. Nos preguntó si se drogaba. Dijimos que no. Nos preguntó si tenía historial psiquiátrico. Dijimos que no. Nos preguntó si hablaba algún idioma además del inglés. Dijimos que sabía

un poco de francés. Dijo que no había encontrado nada, que le había preguntado a ella qué le ocurría y que ella le había contestado que quería cagar. «Cuando alguien me dice —dijo— que tiene que cagar, no puedo tomarme muy en serio su situación.»

Nos aconsejó que nos la lleváramos a casa y que descansara completamente unos cuantos días.

Ocupaba una de las seis camas que estaban alineadas a lo largo de una pared, separadas las unas de las otras por largas cortinas de color verde pálido. De forma periódica una enfermera o un médico descorría bruscamente una cortina y luego la corría con la misma brusquedad. Entre uno y otro movimiento se veían instantáneas de piernas ensangrentadas, estómagos abiertos, brazos colgando. Detrás de su propia cortina, ella estaba llenándose de vómitos de pies a cabeza mientras una enfermera sostenía bajo su mentón una jofaina de plástico blanco. Un ayudante con uniforme blanco trajo un balde y una fregona. Una sonrisa afectada asomaba a sus labios mientras limpiaba el suelo. Le preguntamos a uno de los enfermeros qué pensaba que podía ocurrirle y él nos dijo que no había modo de decirlo hasta haberle hecho un análisis de sangre. Le preguntamos que por qué estaba vomitando y nos dijo que probablemente se trataba de una reacción histérica. El cuerpo presa de pánico. Dijo que iba a llamar al Psicólogo de la Seguridad Social para que le echase una ojeada.

Ella seguía sentada en la cama, agitándose mucho. Balanceándose de un lado para otro como si fuese incapaz de recuperar el equilibrio. Tenía la cara tan blanca como la leche. Sus ojos escrutaban nuestros rostros en busca de una señal de reconocimiento, en busca de una expresión tranquilizadora, de alguien que le dijera que pronto cesaría el dolor. Emitía palabras extrañas que sonaban un poco a alemán. Brotaban de ella atropelladamente y luego terminaban de golpe y volvía a hablar en inglés. Dijo que le estallaba la cabeza. Pidió una aspirina pero nos dijeron que no se le podía dar ningún medicamento sin el visto bueno del médico. Les preguntamos dónde estaba el médico. Dijeron que ya venía. Ella nos preguntó qué le estaba ocurriendo y alzaba la voz como si le pareciese imposible que no hubiese ninguna respuesta. Nos preguntó si estaba muriéndose. Nosotros seguimos mirándola.

Llegó el Psicólogo armado de una tablilla con papeles sujetos con una pinza. Tenía patillas largas y fingía con esfuerzo una actitud serena. Nos preguntó si había tenido alguna vez una crisis nerviosa. Dijimos que no. Nos preguntó si se drogaba. Dijimos que no. Nos preguntó si era norteamericana. Dijimos que no, inglesa.

—Oh, pues parece que hable alemán o algo así —dijo.

El análisis de sangre confirmó que el problema era físico. Se abandonó el punto de vista psicológico. Le hicieron una punción lumbar y encontraron sangre en el líquido cefalorraquídeo. Sospechaban que había una hemorragia cerebral pero querían asegurarse haciéndole un escáner. Seguimos su ambulancia hacia otro hospital que disponía de escáner. Ya se había hecho de noche. Olía a magnolias en la oscuridad.

El escáner confirmó la hemorragia. Un aneurisma profundo en la Arteria Basilar del cerebro. Avisaron a un cirujano. Este nos dijo que había pocas probabilidades de que viviera lo suficiente como para poder intervenirla. Dijo que era como una bomba de relojería. El vaso podía reventar a la más mínima agitación. En este momento, lo único que la mantenía con vida era un delgado coágulo de sangre en el punto donde se había producido el aneurisma. Si el coágulo estallaba, moriría. Le dieron un sedante y se quedó profundamente dormida.

Volvimos todos a casa y cenamos juntos. Todos estuvimos de acuerdo en que debíamos permanecer y comer juntos siempre que pudiéramos. Tratamos de evitar que nuestra imaginación nos dominara. Pero a pesar de todo era imposible que su visión dejase de aparecérsenos. Sus ojos. Su cabello pegado a los labios. La imagen de ella completamente sola. Desvaneciéndose. Despertando, sola. Telefoneando sola a la ambulancia. Sola dentro de sí misma, con un demonio desconocido. Sentí una intensa necesidad de hacer algo que fuera como rezar pero comprendí que jamás había sabido cómo hacerlo. De repente me sentí unido a todos los que rezan en momentos de crisis. La oración no me parecía ridicula, solo insondable. Tan misteriosa como aquello que nos impulsa a rezar. Yo hubiera rezado pidiendo obtener algún tipo de vinculación con las fuerzas del azar. Pidiendo saber que el azar estaba de nuestro lado.

A la mañana siguiente regresamos al hospital. El cirujano y el médico habían decidido hablarnos claramente. Vimos que se consultaban el uno al otro, tratando de encontrar la mejor manera de explicarnos la situación. Parecían decididos a no ocultarnos el riesgo. Repitieron diversas estadísticas y finalmente dijeron que había un ochenta por ciento de posibilidades de que muriese. Nos dijeron que la cirugía cerebral era todavía una frontera inexplorada para la medicina, y que los aneurismas más graves eran los que se producían en la Arteria Basilar. Nos enseñaron esquemas y placas del cerebro. Del cerebro de ella. Un fantasmal dibujo de huesos y venas en cuya parte inferior aparecía una explosión en forma de erizo. Nos hablaban en voz baja,

conspiratoria. Dijeron que era importantísimo que ella no llegara a oír nuestra conversación, que no se alarmara. Cualquier excitación podía provocar el desastre. Dijeron que tardarían una semana en poder operar debido a la inflamación que había en torno a la arteria.

—No es una de esas operaciones que se puede hacer de golpe y porrazo —dijeron.

Empezamos a llamar por teléfono, buscando a otro cirujano. Telefoneamos a Nueva York, Boston, Los Ángeles, y finalmente encontramos la pista del tipo que más parecía haber impresionado a todo el mundo. La voz de la gente se elevaba una octava al pronunciar su nombre. Había realizado esta misma operación sesenta veces, y solo se le había muerto un paciente. Eso decían de él. Como si fuese un caballo de carreras. Al parecer, era el Wyatt Earp de la neurocirugía. El único problema era que teníamos que trasladarla al Hospital Municipal, que es donde operaba ese cirujano y donde tenía todo el instrumental necesario. Calculamos el riesgo. El riesgo de desplazarla frente al riesgo de dejarla. Ambas alternativas eran inseguras.

Seguimos su ambulancia por el puente Golden Gate. Era como mover nitroglicerina. Cualquier sacudida podía provocar un derrame. Vimos cómo la ambulancia serpenteaba silenciosamente a través de la circulación. A través de la niebla. Pagando el peaje. Ascendiendo las colinas. Cruzando las vías de los tranvías. Parecía irreal que alrededor de nosotros continuara la vida de cada día. Gente esperando el autobús. Gente empezando la jornada, con el paquete de la comida, el periódico bajo el brazo. Nosotros estábamos encerrados en otro mundo. Separados. Aislados uno junto a otro y con la que iba delante.

En el vestíbulo del Hospital Municipal no había más que dos ascensores. Docenas de pacientes, médicos, visitas, enfermeras, y nosotros con ellos, amontonados todos, mirando los números iluminados que descendían lentamente hacia la planta baja. Cabezas afeitadas. El cetrino aspecto de la quimioterapia nos rodeaba por todas partes. El obligatorio ramo de flores colgando de una mano. El Hospital Municipal era una manifestación directa de la ciudad. Todo eran conmociones.

Ahora estaba sentada en la cama mecánica y lo primero que nos dijo fue que no quería saber qué le ocurría. Nos hizo prometer que no se lo diríamos. Se lo prometimos. Los medicamentos permitían que se relajase, pero dijo que seguía doliéndole la cabeza. Dijo que los medicamentos no llegaban ni a rozar el dolor de cabeza. Nos pidió disculpas por habernos creado tantas molestias. Le dijimos que no fuese tonta. Quería un pitillo y se lo dimos. Seguía

agitándose, buscando cosas como el cenicero o las cerillas. Sacudiendo la cabeza para apartarse el pelo de los ojos. Intentamos hacerle comprender que era necesario que se estuviese quieta, pero no mencionamos la parte específica de su anatomía que menos debía mover.

—¡No me lo digáis! —repetía ella.

A todo lo largo de la semana, siempre le acompañó uno de nosotros. Le llevábamos sopa en tarritos de plástico, revistas, casetes, lápices y papel. Le leíamos hasta que se quedaba dormida y nos quedábamos con ella hasta que se despertaba. A veces nos escapábamos de la habitación, íbamos hasta el final del pasillo y tomábamos un vaso de café de máquina. Pasábamos por delante de los pacientes de neurocirugía en diversos estados de recuperación. Todos tenían la cabeza afeitada, vendada como hindúes, delantal gris, zapatillas de hospital, y andaban arrastrando los pies por el pasillo, agarrados a la barandilla de acero inoxidable, mirando con ojos de animal como si no reconociesen el mundo al que habían regresado o como si no recordasen el que habían dejado atrás. Acabamos sabiendo los nombres de las enfermeras de aquel piso. Enseguida nos cayeron bien unas, mal otras. Las imitábamos en casa. Empezamos a convencernos los unos a los otros de que lograría superar la prueba.

Al cabo de tres días nos reunimos con el cirujano jefe. Era bajo, de pelo moreno alisado, con raya en el lado izquierdo precisamente. Por su forma de vestir se hubiera dicho que acababa de terminar una operación. Le colgaba del cuello una mascarilla estéril de color azul. Sus facciones eran firmes e inexpresivas. Su mirada demostraba su intención de ir al grano. Daba la sensación de una persona que tenía programado el día segundo a segundo. Estrechó nuestras manos mecánicamente y nos habló con acento del sur de Texas. Ese acento me infundió confianza.

—Miren, tengo entendido que ella no quiere enterarse de cuál es su enfermedad. A mí me parece muy bien. Si no quiere enterarse, no seré yo quien se lo diga. Lo único que le diré es que voy a hacerle una intervención quirúrgica en la cabeza. Ya se enterará más adelante de por qué tuve que operarla.

Nosotros farfullamos vagas preguntas, hablando cuando el otro aún no había terminado, utilizando una jerga que no comprendíamos del todo.

—Miren, no tengo mucho tiempo. He realizado esta misma intervención anteriormente y puedo afirmar que tenemos un noventa por ciento de probabilidades de que salga bien. Lo cual quiere decir que no tenemos un cien por cien. No estoy diciéndoles que yo sea un mago. Mañana tengo que tomar

el avión para ir al Sur, pero estaré de regreso la mañana del día en que está programada la intervención. Podríamos dejar que la operase alguno de los cirujanos de aquí, pero si la intervengo yo tendrá más probabilidades de éxito.

Dio media vuelta y salió de la sala. Sabía exactamente adonde iba y qué tenía que hacer en cada sitio.

Ahora empezamos a preocuparnos por *él*. ¿Qué quería decir con lo de ir al «Sur»? ¿Se refería a Los Ángeles? ¿Alabama? ¿Por qué tomaba un avión para irse justo cuando acabábamos de encontrarle? ¿Y si su avión se estrellaba? ¿Y si había un terremoto en Los Ángeles? ¿Y si ella tenía un derrame antes de su regreso?

Al día siguiente le hicieron una angiografía preliminar, para lo cual era necesario inyectarle un contraste líquido en el aparato circulatorio a fin de localizar los vasos que llevaban la sangre hasta el cerebro. Algo así como un mapa de carreteras que conduciría hasta el lugar del accidente. Una vez más nos informaron de los riesgos. El contraste podía afectar el coágulo de sangre y desplazarlo del lugar en donde estaba frágilmente instalado. Era posible que tuviese una hemorragia parcial, pero también que no la tuviera. Fuera como fuese, había que hacerle esta prueba. Se la llevaron en la camilla de ruedas hacia abajo.

Nosotros nos sentamos a esperar en la cafetería. Vimos a los estudiantes de medicina ligar con las estudiantes de enfermería. Observamos la expresión aburrida de la cajera que iba cobrando las consumiciones. Aquella cara decía que el tiempo era una carga pesada. Un día cualquiera no era más que otro día que había que soportar hasta el día siguiente. Vimos a la gente que, después de pagar, cogía la bandeja con la comida y le daba la espalda a la cajera. Y luego buscaba con la mirada una mesa libre. Ese breve instante desconcertado entre el momento de pagar y la búsqueda de la mesa. Durante un instante dejaban de desempeñar una función y se quedaban atontados, balanceando el postre de gelatina en la bandeja de plástico, inseguros de qué debían hacer a continuación. Miramos el reloj blanco de la pared.

Esa noche ella empezó a mostrarse preocupada por su cabello. Quería saber si se lo afeitarían del todo o solo en parte. Se había fijado en que todos los pacientes de su planta llevaban la cabeza completamente afeitada. Hicimos chistes refiriéndonos a Santa Juana de Arco y ella se rió. Dijo que no le importaba. A estas alturas ya había empezado a sospechar que el problema estaba en el cerebro. Preguntó cuánto tiempo llevaba hospitalizada, y cuando se lo dijimos se llevó una sorpresa. Dijo que ahora recordaba el momento en el que se desvaneció. Poco antes había estado haciendo unos ejercicios para

adelgazar, lo que ella solía llamar, en broma, «gimnasia asesina», tendida de espaldas en el suelo. Cuando se puso en pie se le fundieron los plomos. Eso era todo lo que recordaba.

La mañana del día de la intervención quiso fumar un pitillo. Las enfermeras dijeron que no pero nosotros se lo dimos. Mientras fumaba, iba soltando leves gruñidos de satisfacción. Nos preguntó qué ocurriría si salía del quirófano convertida en un vegetal. Quería saber si todavía era legal la lobotomía. Y qué podía impedirles a los médicos hacerle una lobotomía si las cosas no salían bien. Nos hizo prometerle que la llevaríamos a casa pasara lo que pasase. Dijo que estaba segura de que nosotros seríamos capaces de devolverla al mundo.

La intervención duró seis horas. El finísimo disco de caucho que actuaba a modo de torniquete en torno a la zona resquebrajada del vaso, patinó y abandonó su posición. Ocurrió varias veces. Los ojos del cirujano veían sus propios dedos indirectamente, a través de un sistema de espejos, e informaban a su propio cerebro de la necesidad de inventar algún remedio. A pesar de todos sus estudios y de toda su dilatada práctica, se veía obligado a recurrir a la intuición, y tuvo que hacer una cosa que nunca había hecho anteriormente. Colocó dos discos en posiciones estratégicas situadas en el mismo vaso, pero un poco más abajo. Estos dos discos realizaron la función que hubiera podido obtener con el método ortodoxo, a pesar de que, según nos contó luego, probablemente suponían un descenso de un cincuenta por ciento en el caudal sanguíneo que circulaba por esa vena. Dijo que en su opinión nada de esto tendría malas consecuencias, aunque tendríamos que darle fenobarbital durante un año como mínimo, para evitar la posibilidad de una apoplejía.

Estaba inconsciente en la Unidad de Cuidados Intensivos. Fuimos todos a verla. Se encontraba completamente inconsciente. Dijeron que tardaría bastante en despertar de la anestesia. Todas las ventanas estaban ligeramente abiertas y la brisa nocturna hacía ondear los visillos. Era extraño que se permitiera que el exterior penetrara en este interior esterilizado. Un tubo transparente penetraba por su nariz y bajaba hasta sus pulmones, sostenido por una cinta adhesiva de color blanco. Su rostro estaba cubierto de vapor de agua y en los pelillos que circundaban sus labios se condensaban pequeñas gotitas. Respiraba oxígeno con un ruido áspero que recordaba el jadeo de un moribundo. Tenía los ojos cerrados e hinchados. Rojos y azules. Un vendaje le cubría la cabeza. Parecía más muerta que viva. Aterradoramente transformada. Era tan fuerte el impulso de salir corriendo como el de quedarse a su lado. Nos dijeron que la llamáramos por su nombre, a gritos, y que

tratáramos de conseguir que respondiera. Que la sacudiéramos por los hombros. No teníamos valor para sacudirla. La llamamos. Ella movió la cabeza. Sus ojos permanecieron cerrados. Le apretamos la mano. Ella nos devolvió el apretón. Le dijimos quiénes éramos. Nuestros nombres. Ella nos devolvió el apretón. Las enfermeras iban rápidamente de una cama a la otra. De una situación de emergencia a la otra. Trabajaban febrilmente con un paciente. Le bombeaban el pecho. Le agitaban vigorosamente por los hombros hasta que el color de yeso azulado abandonaba su cara. Les preguntamos cuánto tiempo haría falta. Cuánto tiempo podía seguir inconsciente. Dijeron que dependía de cada persona. Algunas tardaban más que otras. Dijeron que esperaban que mañana por la mañana recobrase el sentido. Les preguntamos si era normal. Dijeron que en estas condiciones todo es normal.

Estuvo inconsciente una semana entera. Completamente inconsciente. Los médicos le frotaban con la uña del pulgar las yemas de los dedos de los pies. Sus dedos se estremecían. Preguntamos si eso era normal. Le levantaron los párpados y examinaron sus pupilas, le auscultaron el corazón, le tomaron el pulso, dibujaron marcas en gráficas, dieron golpecitos en sus rótulas. Sus piernas salían disparadas. Preguntamos si eso era normal. Las enfermeras le daban vueltas una y otra vez, para que no se hiciera llagas de tanto permanecer en la misma posición. La lavaban. La secaban. Le limpiaban las uñas. La incorporaban. La ayudaban a mover los intestinos. Le cambiaban su botella intravenosa. Cambiaban de sitio la aguja cuando la vena se le hinchaba mucho. Nosotros la llamábamos por su nombre. Lo susurrábamos a su oído. Ella sonreía pero no se despertaba. El hombre de la cama contigua a la de ella se murió. Ahora también los pies de aquel hombre estaban azules. Fue sustituido por otro hombre. Durante toda la semana llegaron y se fueron los pacientes. Ella permanecía inconsciente.

El día en que abrió los ojos, uno de ellos miraba directamente al frente mientras que el otro miraba hacia un lado. Los médicos dijeron que esto era normal. El nervio craneal había sido perturbado, pero poco a poco se le arreglaría. Le pasaban los dedos por delante de la cara. Tenía los brazos atados a los lados para que no pudiera arrancarse el tubo de la nariz. Dijeron que era muy importante drenar sus pulmones para evitar el peligro de pulmonía. Le preguntamos si sabía quiénes éramos. Ella nos sonrió pero no dijo nada. Le dijimos que todo había salido bien.

Se la llevaron de la Unidad de Cuidados Intensivos porque parecía estar mejorando y necesitaban la cama para otro paciente. Se la llevaron a una

habitación con tres pacientes más, todos ellos pendientes de una intervención quirúrgica. Todos ellos con tumor cerebral. Una de las pacientes dijo que ya había pagado el nicho en el cementerio. Dijo que si no moría pensaba trasladarse a Richmond con su marido. En lugar de tumor decía «túmulo». Decía que habían intentado quemarle el «túmulo» con radiología. Nos dijo que odiaba al paciente de la cama que estaba enfrente de la de ella. Que ese otro paciente le tiraba pañuelos de papel mojados y le decía «te jodes». En esta habitación había un televisor colgado del techo. Durante todo el día se veían chillones dibujos animados de animales estúpidos que se hacían daño los unos a los otros. Programas de vida salvaje. Películas de una serie antigua, *Gun-smoke*. Preguntamos a las enfermeras si podían desconectarlo, pero dijeron que los otros pacientes pagaban por ver la TV. Una mujer del otro extremo de la sala llamaba constantemente a gritos a una enfermera por su nombre, incluso cuando no estaba de turno. Tenía su enfermera favorita. Cuando llegaba esa enfermera dejaba de gritar y se limitaba a gemir. Cuando esa enfermera se iba, empezaba otra vez a gritar.

Empezamos a aprender a calcular nuestras horas de visita de acuerdo con su programa de medicamentos. El mejor momento era a primera hora de la mañana. Entonces era cuando tema más energías. Podía sentarse mientras le dábamos de comer. Era la primera vez desde la intervención que ingería comida de verdad. Le poníamos la cuchara en la boca, pero ella no masticaba. Se le quedaba la comida allí. Nosotros le decíamos que masticara. Ella se quedaba largo rato con la mirada fija y la comida en la boca. Insistíamos en decirle que masticara. Hasta que al fin empezaba a masticar mecánicamente, como si la mandíbula obedeciera instrucciones emanadas de una autoridad lejana, como si esos movimientos no tuviesen relación alguna con el acto de comer. Cuando el alimento quedaba reducido a un estado casi líquido, seguía masticando. Le decíamos que tragase. La comida se le escurría por las comisuras de los labios. Le decíamos que tragase. Dejaba de masticar y se quedaba con la mirada fija. Tragaba y hacía una mueca que imitaba a una sonrisa. Volvíamos a empezar con una nueva cucharada. Ahora parecía reconocernos y hasta decía algunas palabras con una vocecilla infantil. Le salían las palabras a golpes, como señales codificadas de una máquina averiada. Volvía la cabeza con una brusca sacudida hacia el lado de donde venían los ruidos o los más leves movimientos de objetos, como bolas de polvo empujadas por la brisa o un papel cayendo a la papelera. Pronunciaba entonces un «¿qué?» casi ininteligible, y le decíamos lo que era. En cuanto empezaba a preguntar estas cosas, las pequeñas distracciones hacían

imposible que siguiéramos dándole de comer. Se quedaba mirando fijamente la cuchara cargada de comida, y se ponía a llorar. Lloraba todo su cuerpo. Después se dormía y pasaban horas antes de que consiguiésemos despertarla de nuevo.

Ahora ya le habían quitado el vendaje de la cabeza y la enorme cicatriz tenía forma de interrogante que terminaba justo detrás de la oreja derecha. Aunque le habían afeitado completamente la cabeza, ya estaba empezando a aparecer un corto rastrojo negro. La cicatriz marcaba una frontera entre los cabellos grises y los negros. De un lado todos eran grises. Del otro, todos negros. No había modo de evitar que nos diera la tremenda impresión de ser una superviviente de Auschwitz.

La ponían sentada en una silla de ruedas, pero no había modo de que comiera sola porque era incapaz de levantar los brazos. Podía permanecer en pie con la ayuda de las enfermeras, pero a los pocos minutos se desplomaba, agotada, en la silla. Se quedaba sentada, mirando fijamente el suelo. Se le caía la cabeza hacia un lado, sin fuerza. Lloraba en silencio, con toda la cara distorsionada por una mueca de puro dolor, como si llorase la pérdida de su propia vida. Una vida oscuramente recordada. Dijo que no recordaba cómo había llegado hasta allí. Todo su cuerpo sollozaba y nosotros la sosteníamos hasta que se dormía.

Empezaron a trabajar con ella los fisioterapeutas, que intentaban conseguir que volviese a andar. La ayudaban a hacer ejercicios como empujar, tirar, coordinar movimientos, unir los dedos, alzar los pies del suelo. Uno de los fisioterapeutas tenía acento de Boston y a ella le parecía gracioso. Cada vez que entraba en la habitación, ella hacía una mueca, y él fingía que no le molestaba.

Un especialista en la recuperación del habla, un logopeda, le enseñaba objetos e intentaba conseguir que ella los nombrase. A algunos les ponía nombres que ella misma se inventaba. Sonidos. A otros no les acertaba el nombre por muy poco —como las «llaves», a las que llamaba «cerrojos», o los «libros», a los que llamaba «libras». El logopeda nos dijo que padecía una afección llamada Afasia, que consiste en la confusión del simbolismo del lenguaje. Dicho de otra manera, reconocía los objetos pero no recordaba su nombre. El terapeuta nos dijo que esto era normal y que gradualmente desaparecería la confusión.

Se le empezaron a fortalecer los músculos. Podíamos llevarla andando hasta la mitad del pasillo y luego de vuelta a la cama entre dos de nosotros, uno a cada lado. Había adelgazado tanto que le notábamos los huesos a través

del brazo. Parecía haber empequeñecido en todos los sentidos. Ser mucho más frágil. Para dar cada paso tenía que hacer un esfuerzo en el que intervenía todo su ser. A veces teníamos que agacharnos y cogerla de una pantorrilla y adelantarle la pierna. Batía los pies hacia delante pero sin la menor huella de intencionalidad. Caminaba por caminar. Sus ojos se desviaban de repente. Un reflejo de una pared, un sonido, alguien que la adelantaba, bastaban para que volviese la cabeza, y se le doblaran las rodillas. Entonces nos la llevábamos a la cama, y quedaba allí desplomada.

Un día se cayó de bruces al suelo y se dio un golpe en la cabeza. Alguien la había dejado sentada en su silla sin abrocharle el cinturón de seguridad, y ella había tratado de levantarse para ir al lavabo. Se produjo una fuerte hinchazón en una muñeca al tratar de frenar la caída. Empezó a mirarse las manos. Lloraba al verlas. Decía que eran unas manos viejas. Que no eran las suyas. Quería saber qué había sido de sus anillos. De su anillo de bodas. Preguntó si todavía estaba casada. Y si todavía estaba casada, dónde estaba su anillo de bodas. El meñique se le agarrotaba y no podía extenderlo. La mano que tenía la muñeca hinchada se le ponía negra y azul.

Empezó a comer vorazmente, como si llevara varios meses sin probar bocado. Se metía grandes pedazos de pastel en la boca y cerraba los ojos sumida en un éxtasis de gratificación oral. No cerraba la boca al comer y la mitad de la comida se le caía al regazo. La leche le goteaba cuello abajo. Tenía pedazos de plátano debajo de las uñas. Su apetito excedía con mucho lo que la comida podía ofrecerle.

En el hospital se nos recomendó que la trasladásemos a un Centro de Recuperación en el que podrían hacerle trabajar la musculatura. Pero decidimos llevarla a casa. Un médico nos explicó las ventajas y desventajas de esta decisión. Nos advirtió que aunque sería beneficioso para ella el sentirse rodeada de rostros conocidos, también podía resultar devastador para la familia. No entendimos en absoluto lo que quería decir.

Aquella noche transformamos el comedor en su habitación. Una cama en una esquina. Un lavabo portátil. Una silla de ruedas con bandeja adaptable. Una jofaina de plástico para lavarla. Toallas. Un surtido completo de cosas para mimarla. Forramos el colchón con plástico negro y sostuvimos una discusión acerca del orden en que había que disponer las toallas absorbentes y las sábanas, tratando de recordar cómo estaban puestas en el hospital. Cruzamos el cinturón de seguridad sobre el colchón y pude imaginármela sujeta debajo de él. Por primera vez pude ponerme en su situación. Noté el cinturón ajustado sobre mi estómago. Las caras asomándose encima de mí. El

polvo del techo. Pusimos flores en su habitación: margaritas amarillas. Todos estábamos excitados ante la idea de traerla a casa.

Su primer encuentro con el aire de fuera del hospital le quitó la respiración. Todos los olores la emocionaban. La calle la hizo sonreír. Cuando regresábamos a casa por el puente Golden Gate le pregunté si podía ver los veleros que navegaban allá abajo. Dijo que no. El sol le hacía guiñar los ojos. Hacía más de dos meses que no había recibido directamente la luz del sol.

La subimos en brazos al piso de arriba. Sus piernas se bamboleaban. Soltaba risillas. Los perros se alegraron de verla.

Aquella noche empezó lo peor. Se puso a gemir con una voz que recordaba la de un animal agonizante. Le preguntábamos qué ocurría y ella se limitaba a gemir. Se pasó horas gimiendo así. Luego se puso a chillar. Dijo que sabía que uno de nosotros iba a matarla. Le dijimos que no era verdad. Que no pensara esas cosas. Pero estaba convencida de que uno de nosotros la mataría. Le preguntamos que por qué lo creía y ella dijo que era porque estaba «estorbando». Dijo que la poníamos en una habitación aparte para «cargárnosla». Le tenía miedo a la noche. A los sonidos del exterior. Temía que los perros se le comieran los pies. Temía que hubiésemos contratado a alguien para que se la llevara. A unos asesinos. Temía que la asfixiaran con las almohadas. Temía cualquier ruido repentino. Se sobresaltaba cada vez que alguien abría un grifo o tiraba de la cadena del retrete. Preguntaba por el origen de cada uno de los ruidos de la calle. Cada clavo que alguien clavaba por los alrededores. Cada sierra. Las radios de los coches la aterraban. Sabía que las pastillas que le dábamos la estaban envenenando lentamente. Cuando le dijimos que servían para que no le costase tanto dormirse, contestó que eran para ayudarla a dormirse «para siempre». Fingía que se las tomaba y las escupía cuando no mirábamos. Al día siguiente las encontrábamos debajo de la cama. Empezamos a escuchar nuestras propias palabras tal como las escuchaba ella. Cuando modificamos nuestra entonación para hacerle comprender que éramos inofensivos, podíamos sentir como para ella era un ominoso signo de nuestra honda traición. Cuando nos encontrábamos en la misma habitación que ella, nos esforzábamos por no adoptar actitudes que pudieran prestarse a ser interpretadas como violentas. Había días en los que cada uno de nuestros movimientos estaba tan preñado de tensión que resultaba difícil no creer que el papel que ella nos atribuía era cierto. Empezó a conspirar con cada uno de nosotros por separado. Trataba de conseguir que nos pusiéramos los unos en contra de los otros. Cada día había alguno en

particular que resultaba especialmente sospechoso, y ella nos advertía de que nos cuidáramos de ese. «El Traidor», le llamaba ella. Decía que tuviésemos cuidado de «El Traidor». Que comprendiésemos que todos corríamos peligro. No solo ella. «El Traidor» iba a matarnos a todos. Nos barrería cuando menos nos lo esperásemos. Debíamos matar a «El Traidor» antes de que él nos matase a nosotros.

A última hora de la noche, cuando ella ya se había dormido, celebrábamos reuniones. Empezamos a discutir entre nosotros, a criticar nuestras diversas actitudes ante el problema. Que si uno la consentía demasiado. Que si otro era demasiado severo. Que si otro le daba pastillas a nuestra espalda. Ninguno de nosotros sabía qué hacer. Adoptábamos una actitud y luego cambiábamos. Consultábamos a los médicos. Estos nos recomendaban nuevas pastillas. Pastillas diferentes. Empezamos a tener pesadillas nocturnas en las que era *ella* quien trataba de matarnos a *nosotros*. Veíamos imágenes de películas de terror en las que ella aparecía en un rincón blandiendo un cuchillo, o una almohada empapada en sangre, o chorros de sangre escurriéndose por debajo de una puerta. No le contamos estos sueños a ella hasta mucho más tarde.

Una mañana preguntó por su madre. Quería saber dónde estaba su madre. Cuando le dijimos que había muerto hacía mucho tiempo, se puso a llorar. Lloró como un bebé. Lloraba todo su cuerpo. Después se tocó la cicatriz. Deslizaba lentamente los dedos por su árida piel y nos preguntaba por qué la tenía. Se lo contamos, pero ella no lo recordaba. Le dijimos los nombres de los médicos. No los recordaba. Le dijimos que ahora ya estaba en casa, pero no tenía recuerdos. Se le doblaba la cabeza hacia adelante hasta que la barbilla se le apoyaba sobre su esternón. Las lágrimas le mojaban las rodillas. Esta postura reflejaba su situación. Se quedaba encogida así durante horas. Intentábamos enderezarla pero ella volvía a encogerse. Se encogía completamente. Cada día volvía a preguntarnos por su madre. Nos preguntaba si estábamos seguros de que había muerto. Nos preguntaba en dónde estaba enterrada. Cuánto tiempo hacía que murió. En qué ciudad murió. No podía creérselo. Durante muchos días lloró a su madre, que había fallecido hacía mucho tiempo.

Hoy hace exactamente un año. Ahora camina sin ayuda de nadie. Come sola. Habla con un acento extraño pero participa en nuestras conversaciones. Todavía se queda en silencio de repente y se queda mirando fijamente al vacío durante muchas horas seguidas. Cuando se refiere a su pasado lo llama «antes de que me reventara la cabeza».

29/9/80
San Francisco, Ca.

Rosas Dobles
Dice ella

Como en Inglaterra
Como en mi Inglaterra

Y se recuesta por dentro
Hacia atrás
Hacia Inglaterra

Su nariz aspira con fuerza
Sus ojos se cierran
La Rosa se la lleva volando a su casa

22/9/80
San Francisco, Ca.

Sam Shepard (Fort Sheridan, Illinois, 1942-Midway, Kentucky, 2017) se convirtió en un mito contemporáneo: polifacético como Boris Vian, legendario como Neal Cassady, amigo y colaborador de los Stones, Patti Smith y Bob Dylan, batería durante años de un grupo de acid rock, actor en películas como Elegidos para la gloria y Días del cielo, coguionista de Zabriskie Point y Paris, Texas, casado con Jessica Lange durante casi treinta años… Y, como remate, autor, galardonado con el Pulitzer y el Obie, de más de cuarenta obras teatrales, por las que se le ha llamado el sucesor de Tennessee Williams. En Anagrama se han publicado los libros de relatos *Cruzando el paraíso* y *El gran sueño del paraíso*, la obra teatral *Locos de amor*, los volúmenes misceláneos *Luna Halcón*, *Crónicas de motel* y *Estados de shock. Al norte. Lengua silenciosa* y el libro de crónicas *Rolling Thunder: con Bob Dylan en la carretera*.